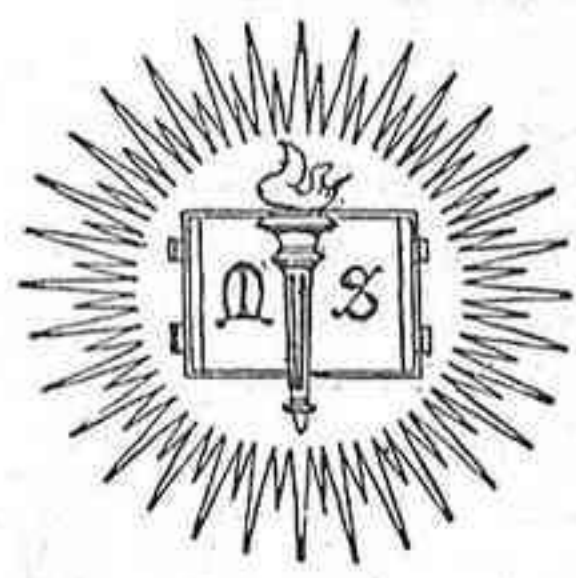


Ilustración



Artística

AÑO XXXII

BARCELONA 24 DE NOVIEMBRE DE 1913

NÚM. 1.665



LA RESPUESTA AL PRETENDIENTE

cuadro de Salvador Viniegra. (De fotografía de J. Lacoste.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El último cuento*, por Aristides Bejar. — *Monumento a Eduardo VII*. — *Modelo en yeso del monumento a Eduardo VII de Inglaterra*. — *La Paz; La Unidad, grupos para este monumento*, obra de Alfredo Drury. — *Tristán e Isolda*, cuadro de G. Busiere. — *Notas de Madrid, París, Bruselas y Tetuán*. — *Los profesores Kammerlingh Onnes y Alfredo Werner*. — *Don Venustiano Carranza*. — *El príncipe Guillermo de Wied y la princesa Sofía*. — *Dr. D. Victoriano Guisasaola*. — *El príncipe Guillermo de Suecia y su esposa*. — *Pescadoras de canchales*, cuadro de Alvarez Sala.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Habéis fijado la atención en lo que acompaña, divierte, sugestión y hace soñar una chimenea encendida?

Por supuesto, hablo de una chimenea de leña (en este particular, como en otros varios, no soy hija de mi siglo, si bien en bastantes me considero hija del que viene). Hablo de una chimenea amplia, de piedra granítica, de columnas exentas, fuertes, en cuyo lintel el imaginero entalló un simbolismo encantador, racimos, copas, hojas de vid, sarmientos, pajaracos, salamandras, diablillos rabudos, lagartos de airosa flexión, un dragón alado, una Quimera encabritada, los mil caprichos del arte, que parecen reír a la llama o hacerle misteriosas muecas... Allá en el fondo de la chimenea tostado por la caricia abrasadora, se hacían los cepos de pino o de roble viejo, y debajo de ellos, las ligeras virutas o las astillas que han de servir para encender. Es un goce compensador de la melancolía otoñal prender fuego al montón, ver cómo empieza a iluminarse, a palpar, y cómo, mordiendo la llama en lo recio de los troncos, estallan y crujen cual los condenados de Dante, cuyo espíritu está cautivo en los árboles secos.

Al lado tenéis una fuente llena de maduras castañas, y las vais asando en la hoguera, poco a poco, después de hacerles, con un cuchillo, rápida incisión. Salen doradas por dentro y cenizas por fuera, sabrosas, calientes hasta el furor. Los dedos se abrasan al querer llevarlas a la boca.

Fuera, cae la lluvia, porfiada y lenta, esa lluvia galiciana de la cual se suele decir que cae hacia arriba. El paisaje es triste: lejanías brumosas, y, en primer término, las coníferas del parque, inundadas, sacudiendo, al impulso del viento, como perros que salen de una piscina, sus ramas lloronas. Se creyera uno en el Norte de Europa, en algún desolado valle, cubierto de nieve que el deshielo derrite, si una camelia, en flor, no gritase:

— Este es, en medio de todo, y a pesar del incitante llover, un país templado, benigno.

¡Benigno o no, la chimenea es indispensable! Sólo ella corrige esa humedad malsana, depresiva, que se mete tan traidoramente por los huesos de los reumáticos... El reuma es, sobre todo en este tiempo, un personaje de actualidad. Ha llegado el momento en que el correo os trae diariamente algún anuncio de «franelas de salud», «calorilanas», «tejidos esponjosos del Dr. H, del Dr. B. Antaño, estas telas que se ciñen no se conocen o poco menos, y el consuelo de los crucificados de dolores era la burda y hórrida bayeta amarilla. ¿Por qué amarilla?.. No he podido averiguarlo nunca, pues no me figuro que el color amarillo tenga virtud medicinal. Ello es que el amarillo reinaba en las prendas higiénicas, y he sabido de un matrimonio que perdió su felicidad porque la señora usaba calzones de ese color y de ese género, y no quiso desecharlos, lo cual precipitó al marido a resoluciones extremas... Hoy, la estética ha invadido un territorio del cual estaba expulsada. No voy a recomendar ninguno de los productos que se anuncian en prospectos de papel satinado, con gran balumba científica, al contrario: sostengo que no son ni mejores ni peores que las combinaciones, fajas y jerseys que se venden en los almacenes y tiendas.

* *

Tienen estos elásticos, que la mujer ha empezado a usar ahora, un sin fin de ventajas. No abultan y se pegan a la carne como el guante a la mano. Abrigan suavemente y eximen de usar un sinnúmero de prendas que, con el inevitable aditamento de botones de nácar, cintas, pliegues, encajes, entredoses, complican no poco el vestir y son caros si han de ser buenos. Este nuevo estilo de los «peleles», que sin duda

inventó la coquetería, el deseo de parecer menos corpulentas, ahora que la moda pide siluetas a cada paso más consumidas, ha venido a redundar en favor de la economía y de la higiene también, porque el pelele de hilo, de algodón, de lana, de seda, adaptable a todas las estaciones y a todos los climas, a todos los estados de salud, a la necesidad del momento, es infinitamente más práctico que la ropa blanca antigua, igual en verano que en invierno.

Viene a ser el pelele una segunda piel, que protege la primera, asaz inadecuada al fin de preservar a la humanidad de los inconvenientes del calor y del frío. Es asombroso lo mal preparados que estamos para resistir a la intemperie. No se comprende cómo se las arreglaron los primeros hombres para no quedarse tiesos, y si es verdad que la especie humana apareció sobre la tierra durante el período cuaternario, en que Europa y parte del antiguo mundo eran vastos glaciares, la sorpresa es mayor. Ya sé que las «pieles de animales» fueron un recurso. ¿Pero antes de dar muerte y desollar al primer oso, a la primera alimaña salvajina, o a la primer *capra hispánica*?

Cuando el hombre conoció el fuego, ya lo descubriese el titán Prometeo o sencillamente un pobre salvaje que frotó un madero contra otro, o cerca del cual cayó el rayo, incendiando un matorral de arbustos secos — ¡qué diferente debió de ser ya su destino! ¡Cuántas esperanzas nacerían en su corazón atribulado, encogido por el miedo y la superstición! Desde los hielos eternos hasta este mediano monte de leña cuyo crepitar ritma la estridencia de un grillo oculto en algún rincón de la piedra, ¡qué avance de bienestar!

* *

Hay dos cultos idolátricos que no es difícil explicar: el del Fuego y el del Sol. ¡Qué impresión debió de hacer sobre el hombre inocente aun o poco menos, en la ignorada época en que por primera vez lo conoció, el misterio del fuego, que todavía hoy en las Enciclopedias se define así: «Agente desconocido en su esencia» o «Calórico y luz producidos por la combustión...», que viene a ser lo mismo, para descifrar el hecho de la admirable operación natural que produce estas rojas brasas y esta alta llama piramidal, semejante a la que los pueblos de Caldea y de Idumea hacían brillar en sus altares...

Y el fuego es la llama. Por eso las modernas calefacciones centrales de aire serán muy buenas, muy elegantes y lujosas, cuanto se quiera; pero no tienen la alegría de la leña seca y crujiente, de incendiado corazón, en las grandes chimeneas góticas — en suma, la leña del hogar...

Porque el fuego de leña no es otra cosa que el hogar mismo, y por muchos siglos la humanidad no ha separado estos dos conceptos, calentarse y cocer o asar la comida. Todavía, en algunas rancias casas señoriales, se conserva esta costumbre, que en mi juventud estaba en vigor en varias provincias. Durante el invierno húmedo y tenaz, la familia se reunía en la cocina, bajo la campana honda, en torno a la cual corrían asientos reservados a los señores. Los criados, los caseros, la gente humilde, se sentaba en los gruesos troncos llamados *tallos*. El pote, pendiente de los llares, hervía con monótono glu, glu. Las cazuelas se acurrucaban sobre la brasa, y en ellas cocía a remanso el guiso casero. La cena se preparaba despacio — todo se hacía más despacio entonces —. ¿Cómo entretener la larga velada? Uno refería la crónica de la aldea — bien sucinta, si no la bordasen interminables comentarios, del orden moral y del anecdótico, cien veces repetidos en noches anteriores —. Otro se encargaba de los cuentos fantásticos, de tragos, brujas, mal de ojo, difuntos, apariciones junto al cementerio. Aquél es especialista en las chuscadas. Suele, sin embargo, languidecer la conversación. Entonces se acude al rosario. Siempre corta media hora o tres cuartos de hora, dada la lentitud de la pronunciación labriega y los muchos padrenuestros, y se reza con gusto, al amor de la lumbre y en la dulzura de la compañía, que el hombre tanto ha de menester, en toda esfera social. Luego cenan los señores, en la habitación más próxima, en platos de peltre, y a la luz del velón trípico. A su vez sobre la artesa, engullen el pote humeante los criados. Es hora de recogerse...

— Santas y buenas noches nos dé Dios.

Y aunque estén húmedas las sábanas, el calorcito que el cuerpo se lleva consigo ayuda a conciliar un grato sueño.

* *

Quedan pocas ya de estas chimeneas de campana vastísima, como la monumental del palacio de

Lestrove, que acabo de visitar, y que era la residencia de verano de la Mitra compostelana. Ante la magnitud de tal chimenea, acuden ideas de la vida grandiosa que allí llevaban los prelados, iguales entonces, en opulencia y poder, a príncipes. Nosotros suponemos haber descubierto el arte de vivir deleitablemente, pero estoy segura de que eran más sibaritas, en algunas cosas, nuestros abuelos. Una de las formas de su sibaritismo fué la calma de su existir. Y es la impresión del palacio de Lestrove: calma, reposo. La febrilidad contemporánea no permite saborear cosa alguna, no tolera contemplar despaciosamente lo que se disfruta. Como andamos siempre tan apurados, tan agitados, no calculamos infinitas cosas que se calculaban antes, muy hábilmente: por ejemplo, la situación de una vivienda, para que ni la combata el viento, ni las heladas la acometan; para que esté rodeada de una naturaleza amable, riente, fértil, sana. Todos estos conventillos, casas de recreo de monjes y de obispos, están divinamente emplazados, en lugares apetecibles, y los cerca una vega fértil; hay agua abundante, bosques umbrosos, praderías, viñas, huerta frutal. A veces, en estanques magníficos, abundan las anguilas y las carpas: a veces, un río pasa no distante, poblado de finas truchas. El aire, en tales apartaderos, suele correr templado, y oler bien a flores y yerbas silvestres. Los castaños y nogales dan un fruto especial, más sazonado que en parte alguna. Hay un manantial «de rara virtud» al cual se atribuye que se recuerden allí viejos centenarios. Son puntos donde la naturaleza no frunce el ceño, y el suelo, bien afelpado y sequito se deja pisar con gusto...

* *

En este palacio de Lestrove, no hay lo que hoy llamamos jardines: algún cierre de mirtos, algún estanque, algún emparrado. Pero alrededor del emparrado, sostenido en postes de piedra, una gran mesa habla de meriendas, de chocolates suculentos, aromáticos, saboreados con solemne golosina, precedidos de almíbares exquisitos de monjas, de esos transparentes y áureos, líquido ámbar, y acompañados de bizcochones que acaso también se elaboraron por reclusas, con sus manos pálidas, finas, que amasaron la harina y batieron los huevos con igual cuidado que bordaron o plancharon repulgadas pellices y albas rozagantes de encaje. Una larga hilera de asientos, alrededor del emparrado, y adosados a la casa, servían sin duda para que el clero, venido a visitar y hacer la corte al muy reverendo arzobispo, se sentase de un modo perfectamente jerárquico, en silencio, haciendo girar los pulgares y bajando modestamente los ojos, mientras el prelado departía con alguno de ellos, cuya conversación más especialmente le interesaba, ensopando a la vez, en la jícara sostenida por la mancerina de plata, repujada y de elegante forma, el bizcocho esponjado y bañado de blanco azúcar.

Allí se debieron de disfrutar muy regaladas sietas, muy animadas partidas de tresillo, muy apetitosos yantares, muy luminosas mañanas de verano, muy gustosas vendimias de otoño, con lo pintoresco del vino «de propia cosecha» y de las uvas traídas en cestillos, frescas y colmadas sus globitos de dulce pulpa acuosa. Y todo ello duró hasta que los franceses vinieron por acá, a hacer barrabasadas... Entonces se pensó en fusiles y pólvora y balas, y empezó el tiempo en que cada día trajo su preocupación, nacional, política, religiosa... Adiós las noches pacíficas alrededor de la gran *cambota* de la chimenea; adiós los *refrescos* en que el alegre chascarrillo no estaba vedado; adiós los paseos por el bosque, a las horas de sol, bajo el toldo del follaje, leyendo el Breviario, mientras las hojas hacen su rumorillo musical, y los pájaros se cuentan amores, afanándose por el nido nuevo. Años ceñudos han llegado; revueltas, luchas, discusiones parlamentarias, guerra civil, motines, asonadas constantes, todo lo que hizo de la primera mitad del siglo XIX una pesadilla sangrienta... Y echados los monjes de sus conventillos, y vendidas las residencias episcopales, se acabó aquella existencia a lo Fray Luis, que en vano hoy se intenta parodiar.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

EL ÚLTIMO CUENTO, POR ARÍSTIDES BEJAR, dibujo de Tamburini



Pero como los ojos del niño le pidieron tan exigentes un último cuento para dormirse...

— El último cuento, mamá..., explícame el último y verás tú cómo después me duermo.

— ¡Otro aun, dijo la madre; si no sé más ya, hijo! Pero como los ojos del niño le pidieron tan exigentes un último cuento para dormirse, la pobre madre, sin poder negar, fatigada y llorosa, empezó la última de las historias de aquella noche.

Pasaba esto en un cuarto grande, destartalado, de paredes desnudas pintadas con cal, donde la camita del niño y la voz de la madre se perdían en un rinconcito cerca el balcón, como si de miedo los dos se encogieran para guardarse mejor y recogerse. Una luz con pantalla roja iluminaba el cuarto. Una luz tristonca, que levantaba por doquier las sombras y agrandaba espantosamente los rincones.

La noche era tibia, primaveral, pero sin una raja de luna. Era también muy quieta. Se oía el viento agitarse mansamente en las frondas del jardín, zumbaban los grillos y cantaban las ranas. A veces, muy de tarde en tarde, los perros guardianes de la casa gruñían un poco y llegaba sin una inquietud, de las lejanías de los establos, una agitación de animales turbados en su reposo. Era una noche para descansar con el alma tranquila de las fatigas de la vida.

Pero en el cuarto aquél, la madre no conocía nada del reposo que la envolvía. ¡Su niño se moría!

Hacia tres meses ya que la muerte venía. Tres meses de soledad y tristeza, pasados en el cuarto de juventud de su vieja casa solariega, donde se había retirado cansada de correr mundo, para ver si los aires del campo volvían la salud a su hijo. Tres meses de la misma vida, de días iguales todos, con la visita del doctor por las mañanas por única compañía.

¡Y dentro de esta monotonía, perdida toda esperanza desde la llegada, ver cada día desmejorar a su niño! Verle más pálido, como si el alba, al cogerle despierto cada mañana, le diese un poco de su luz átona y fría; verle más quieto y más serio, como si en su cabecita pesaran largos agobios; tan hombre

ya en todo su ser, que el buen doctor, al despedirse todos los días, respondía dulcemente y triste a la interrogadora mirada de su madre: «Yo creo que muere de pensar demasiado.»

Y lo parecía que moría de eso. Su físico ayudaba también a creerlo. Tenía una cabeza tan grande para su cuerpo, que daba pena verla, y luego sus ojos, hondos y grandes, comiéndosele toda la cara, inquisitivos, brillantes, vivos — lo único vivo de él —, ponían en su rostro un tinte de melancolía vaga, que daban mucha lástima y también..., también un poco de miedo.

¡Oh aquellos ojos, cuántas lágrimas le habían hecho tragar! Cuando el doctor le decía, mirando al niño, «Es muy callado, ¿eh? No se quejará nunca», ella respondía: «Callado de palabras, sí. Y sufrido para los otros..., quizás también; pero para mí, ¡si supiera usted cómo me hablan y me reprenden sus ojos!»

Aquellos ojos, que de toda su vida habían ya espantado algo a su madre, últimamente, en estos días que presagian la agonía, vinieron a ser su suplicio. Cuando le pedían un cuento le daban un temblor. Ella sabía cuán pobre era su imaginación para poder explicar un cuento que agradara a su hijo; y aquellos ojos, obstinadamente fijos en los suyos mientras narraba, se lo decían a cada momento y se lo echaban en cara como una acusación al acabar.

Y esto era lo que hacía sufrir más a su madre. Ella se lo perdonaba todo a su niño. Había padecido tanto en su vida, que justo era hiciera padecer un poco a los demás. Pero lo que no podía llegar a perdonarle era aquello de los cuentos.

Bien lo veía él que su madre hacía todo lo que sabía para explicarle un cuento bonito y que de no hacerlo mejor sufría tanto, que le saltaban las lágrimas de pena. Bien lo veía él todo eso, y no obstante, cada noche, al final de cada cuento, la misma mirada diciéndole entre burlona y triste: «No sabes,

mamá..., no sabes», y cambiando en seguida, la mirada burlona volviéndose exigente: «Pero vamos a ver, decía, cómo te arreglas para explicar otro.»

¡Oh! Era eso, eso sólo, lo que ella no podía perdonar. Que le pidiera tantos cuentos como quisiera; de la mañana a la noche hablaría ella si él gustase; pero que no la mirara de aquel modo al acabar, que no se riera de ella, porque en aquella risa, de lo que temblaba era del sufrir de él, no del suyo.

* * *

Aquella noche, cuando su hijo le pidió el último cuento, ella no podía ya. Estaba más que cansada; sentía el cuerpo dentro de sí como un peso enorme que la aplastara.

Sin embargo, la súplica que había en los ojos de su hijo le hizo empezar. Después, hubo aún otra cosa que la ayudó. El médico, aquella mañana, al marcharse, como ella le preguntase si podía vivir mucho su hijo, se encogió de hombros: «Quién sabe..., quizás sea hoy, quizás dentro un mes, su último día.» Y la idea de que aquello era tal vez la última cosa que le pedía su hijo, le hizo sacar fuerzas de flaqueza.

Empezó como siempre, hablando por hablar sin decir nada. Sus cuentos tenían todos una misma tónica. Había siempre en ellos una princesa encantada y un galán enamorado y una serie de peripecias para llegar a juntarse. Un casamiento los acababa y un pequeño incidente cambiado hacía de la narración anterior otra nueva. La verdad es que su hijo tenía razón de no estar contento de los cuentos.

Pero aquella vez los ojos del niño, al poco rato de narrar ella, tomaron una expresión muy diferente de los otros días y parecieron sonreír maravillados de aquellas aventuras tan sabidas.

La madre se dió cuenta en seguida. Dios mío, ¿es que por fin había acertado un cuento que gustaba

a su hijo? Entonces se lo perdonó todo. Fué como la amada largo tiempo olvidada que recibe al último la prueba de ser querida. Desapareció el pasado; los cuentos malos, las miradas reprendiendo, las lágrimas tragadas y en la alegría inmensa de haber por fin acertado, su cuento se animó, tomó vida, fué espléndido.

Ya no hubo en él aquella princesita de siempre, sin ningún relieve, ni aquellas aventuras que el niño iba preveyendo, ni aquel casamiento que lo arreglaba todo. La princesita fué ella y en su cuento puso todo lo que en su vida había de luminoso, todo lo que le trajeron los recuerdos y le despertaron las palabras. Lo fué hilvanando poco a poco, con retazos perdidos que le volvían ahora a la memoria sin saber cómo y que juntaban tan bien unos con otros que era una maravilla la faena hecha.

Hubo en él de todo. De sus primeras alegrías de colegio, cuando le alocaba el gozo de una lección sabida, y de sus primeras tristezas, de colegio también, cuando después de una fiesta pasada en juegos, con las visitas de los padres y la merienda extraordinaria cocinada por las monjas, al llegar la noche se metía en su cama de pensión — ¡qué fría la recordaba aquella cama! — con una tristeza tan grande, que a veces no podía aguantarse los sollozos y la compañera del lado, un poco espantada, se levantaba en camisa y de puntillas para ir a avisar a la monja guardiana que «la de la cama del lado» se encontraba mal. Entraron después sus cavilaciones de juventud, más hondas ya, porque duraban más, ¡pero tan fútiles aún! Era la tristeza por una amiga que la olvidaba; eran quizás los celos de saber que quería más a otra; el desencanto que le dejó la primera fiesta a que asistió en el mundo. ¡Todo era muy claro en su juventud!

Había transcurrido entera en aquella casa solariega en que se encontraba ahora, al lado de sus padres, con mimos de hija única y sin ninguna pena bastante honda para dejarle gustar un poco siquiera lo amargo de la vida. ¡Juventud apacible, suave!

Y entraron después en su cuento las primeras emociones fuertes; cruzaron como relámpagos — igual que en su vida — hechos sueltos, perdidos, que tenían aun hoy dentro de ella la vibración de un eco. El recuerdo de aquella mañana de invierno — tan azul y tan clara — en que le vió por primera vez, la alegría inconsciente que le dejó aquel primer encuentro; sus dudas y sus inquietudes más tarde; aquel apresurarse desbocado del corazón cada vez que un paso, que una voz, que una sombra, le parecía se lo llevaban; toda la sinfonía de sus amores deslizándose con la suavidad reposada de un adagio. ¡Oh su vida de entonces, con qué fuerza se desbocaba ahora, rebelándose con un grito contra la de hoy, tan caída!

Y aquí su cuento llegó al punto álgido. Los ojos del niño, perdidos en éxtasis, no podían abrirse más. La madre hablaba con una voz baja, pero vibrante. Tenía cogidas las manos del niño entre las suyas y estaba tan cerca que sus respiraciones se mezclaban. La lucecita roja, poquito a poco, amortecía,

El cuento también. Fué perdiendo fuerza, se hizo triste, vaciló unas veces. La princesa de la historia se casaba entonces y de aquí parecían venir todos

he tenido que reírle nunca —. En los cinco años que pasó sola con él, desde la muerte de su marido, lo intentó todo. Fueron temporadas a otros sitios probando aires nuevos y pasaron inviernos allí mismo, en la casa en que estaban ahora; emigraban de un lugar a otro con una rapidez que parecía huida; alquilaban casas en que no llegaban a morar; vivieron tocando el mar y creyendo que la montaña les iría mejor, huyeron a la montaña. Y viajando siempre, hoy despertando aquí para acostarse allá, llevados de un lado a otro a la merced del capricho, del consejo estúpido, del remedio milagroso; siguiendo romerías, visitando taumaturgos, corriendo a la ventura como restos perdidos de un naufragio, fueron a reposar allá, en aquella misma casa donde los dos habían nacido, para intentar desesperados el último remedio.

Pero el último remedio fué también inútil. El chico empeoró aún, se fué muriendo cada día, hasta llegar una noche en que gastadas ya todas sus fuerzas, al cerrarse lentamente sus ojos mientras su madre le explicaba un cuento, brilló en ellos un último chispazo de vida para apagarse por siempre entre el murmullo de unas palabras que morían y las sombras grotescas, fantásticas, de una lucecita que se extinguía también.

Al romper la luz, a la mañana siguiente, su madre despertó. Su primer instinto al abrir los ojos fué mirar su niño.

«¡Duerme!», se dijo; pero su palabra vibraba aún en sus labios al darse cuenta de la verdad. Una mano de su hijo reposaba entre las suyas y el frío de la manecita yerta, como un acero, le entró en las carnes.

Se levantó de un salto, hierática, vencida de momento por un temor extraño. Mas se rehizo en seguida y se avergonzó de haber tenido miedo y se echó sobre él, cogiéndolo suavemente.

— ¡He tenido miedo de ti, pobrecito; tu madre te ha tenido miedo!..

Y poco a poco su corazón se deshizo y las lágrimas saltaron. Su hijo era suyo, la muerte se lo había dado. Ya no tenía que temer más sus ojos; sus pobres grandes ojos apagados no le pedirían más cuentos. Su amor de madre, tanto tiempo refrenado, desbordó entonces y en un torrente de palabras y frases que no acababan, hablándole al oído le dijo:

— ¿Eh que le perdonas a tu madre de no haberte querido quizás bastante...; eh que sí? Y de haberse impacientado un poco contigo y de... de no haberte sabido explicar los cuentos que tú querías. Y aquel último cuento, ¿te gustó al menos aquel último cuento? Di. ¡Ah, si yo lo supiera que te había gustado, que la última cosa que te he podido dar en este mundo te había sido dulce...; qué consuelo para mí!

Y como en aquel momento, al levantar la cabeza, se encontraran sus ojos con un crucifijo, en un arranque de ingenua, mientras tenía entre las suyas, bien cogidas, las manos del niño, le dijo suplicante:

— ¡Ah, Señor, tú que le tienes aquí, corre, pregúntale si le ha gustado mi último cuento!



Modelo en yeso del monumento que se ha de erigir en Aberdeen a la memoria del rey Eduardo VII de Inglaterra, obra de Alfredo Drury

sus males. Dejaba su casa, se despedía de sus padres, de sus sirvientas, de su cuarto y de sus cosas, para ir a vivir a la ciudad. Se despedía de su juventud y su felicidad. ¡Un mal hado se cernía encima de ella desde aquel día, pobrecita! Perdió sus padres sin poderlos ver, estando enferma. Y en los dos años siguientes se le morían dos hijos y su marido enfermaba.

Una pausa había aún antes de precipitarse la desgracia, un remanso de paz, un año pasado en aquella misma casa con su marido, llevado allá para recobrar la salud perdida. Nació entonces el último niño, el que le vivía aún; su marido se rehizo; las cosas de nuevo parecían andar bien. Fué un año de tranquilidad, de vida tibia y un poco melancólica, agrisada por los recuerdos que buenamente, sin nada de desgarrador, le hablaban de las cosas queridas.

Pero pasó muy pronto este tiempo. Su marido volvió a la ciudad y ella le seguía al poco tiempo. Aquí caía la losa. Al cabo de un año, de repente perdía su marido. Y quedaba sola, sin una amiga, sin un pariente. Sola con su niño que estaba ya mal y empezaba a asustarla. Se volvió desesperada a su alrededor, llamó despavorida y no le respondió nadie.

Y empezó a subir, penosamente, su calvario. Su hijo no estuvo nunca bien; era triste, quieto, reflexivo — ¡oh!, tan reflexivo, decía ella con dolor, que no



La Paz, grupo para el monumento a Eduardo VII
obra de Alfredo Drury

MONUMENTO A EDUARDO VII

OBRA DE ALFREDO DRURY

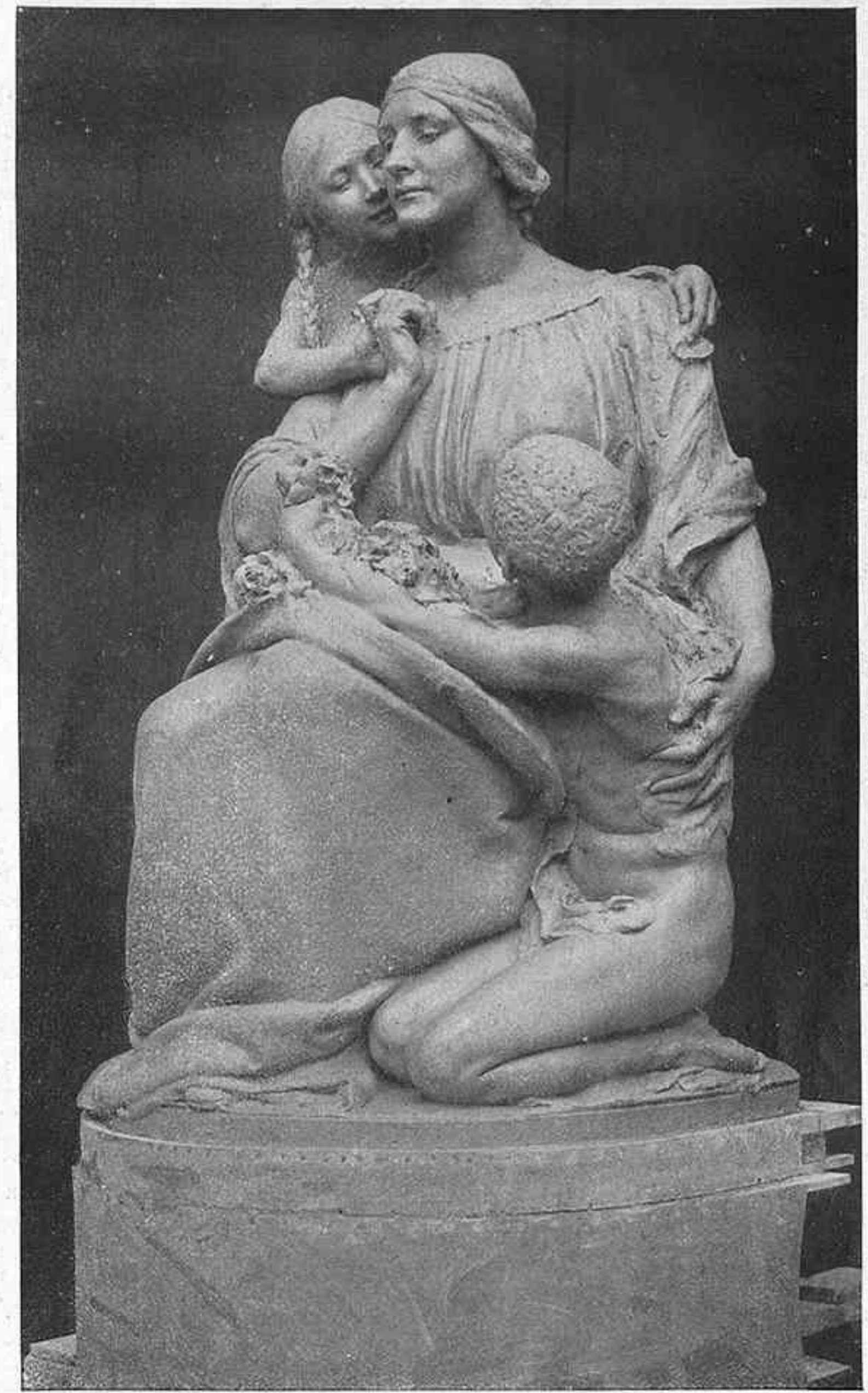
La reputación de que tan justamente goza en Inglaterra Alfredo Drury, a quien se considera como uno de los más inteligentes y originales escultores de aquel país en la actualidad, ha de aumentar seguramente de un modo considerable gracias a las excelencias de su obra más reciente, el monumento que a la memoria del rey Eduardo VII se ha de erigir en Aberdeen y cuyo boceto reproducimos en la página anterior.

En la concepción de este monumento, Alfredo Drury ha procurado con sano y acertado criterio conseguir un efecto de digna sencillez y de sobriedad, y para lograr este resultado ha evitado cuidadosamente todo aquello que pudiera chocar con el carácter monumental de su obra, tratando toda su composición con un sentido admirable de la cualidad decorativa y con una fiel percepción de lo que deben ser los grandes rasgos esenciales en una escultura de esta clase.

Y lo que más especialmente ha tenido en cuenta al dar forma a su pensamiento ha sido la situación que el monumento ha de ocupar, considerando que un espacio rodeado de grandes edificios no consentía otra cosa que una obra de formas sencillas y vigorosas, pues cualquiera otra cosa habría resultado trivial e inexplicable. Y ajustándose a este criterio, ha amoldado a las exigencias del lugar no sólo la masa general del monumento, sino también los detalles decorativos que en el mismo debían figurar.

La estatua colosal del rey Eduardo VII y el pedestal sobre el que ésta se levanta son de granito; los grupos laterales que representan la *Paz* y la *Unidad* y que los grabados adjuntos reproducen, son de bronce y están tratados con la amplitud que requieren la hermosa figura del monarca y el carácter general que preside en el monumento.

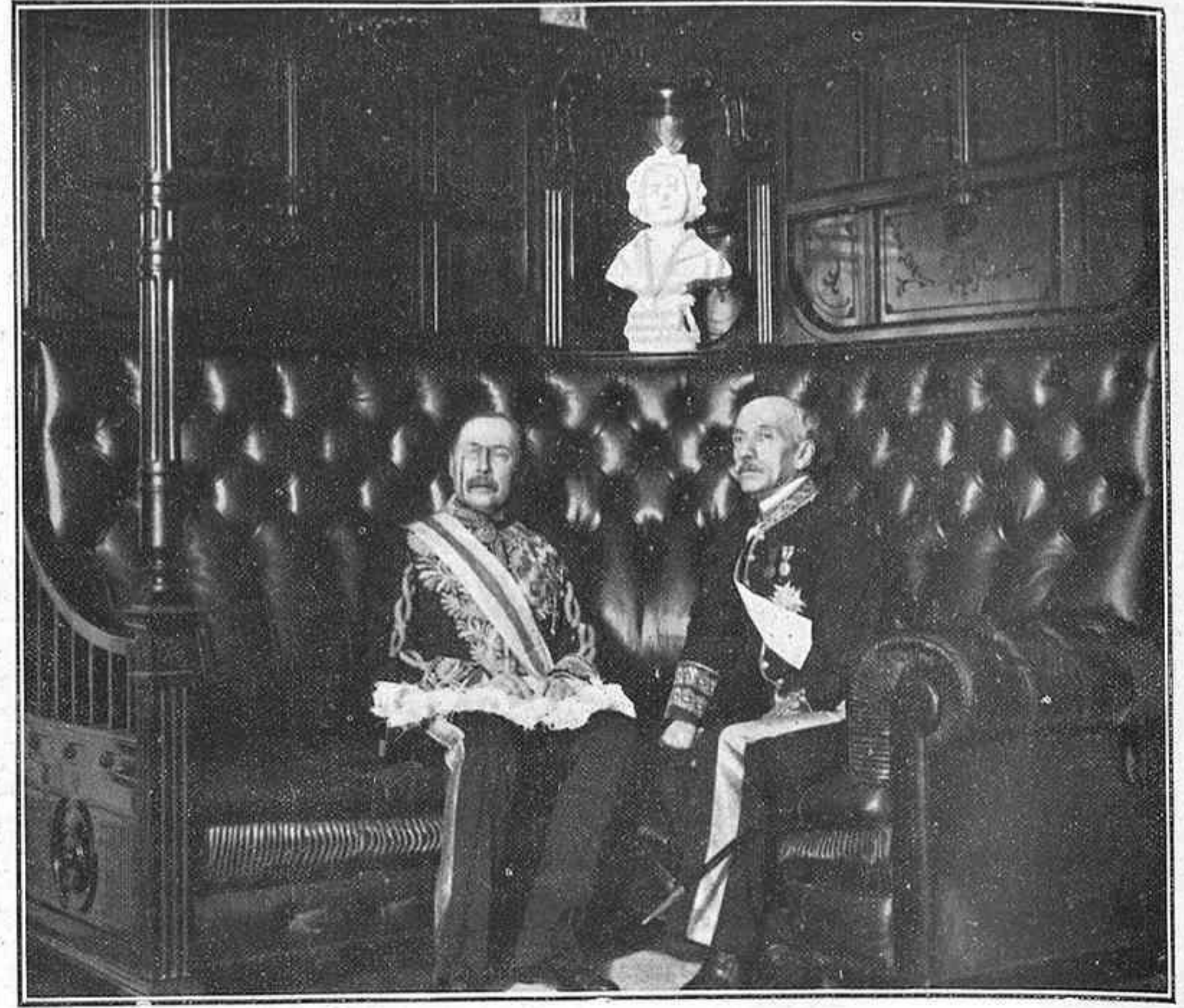
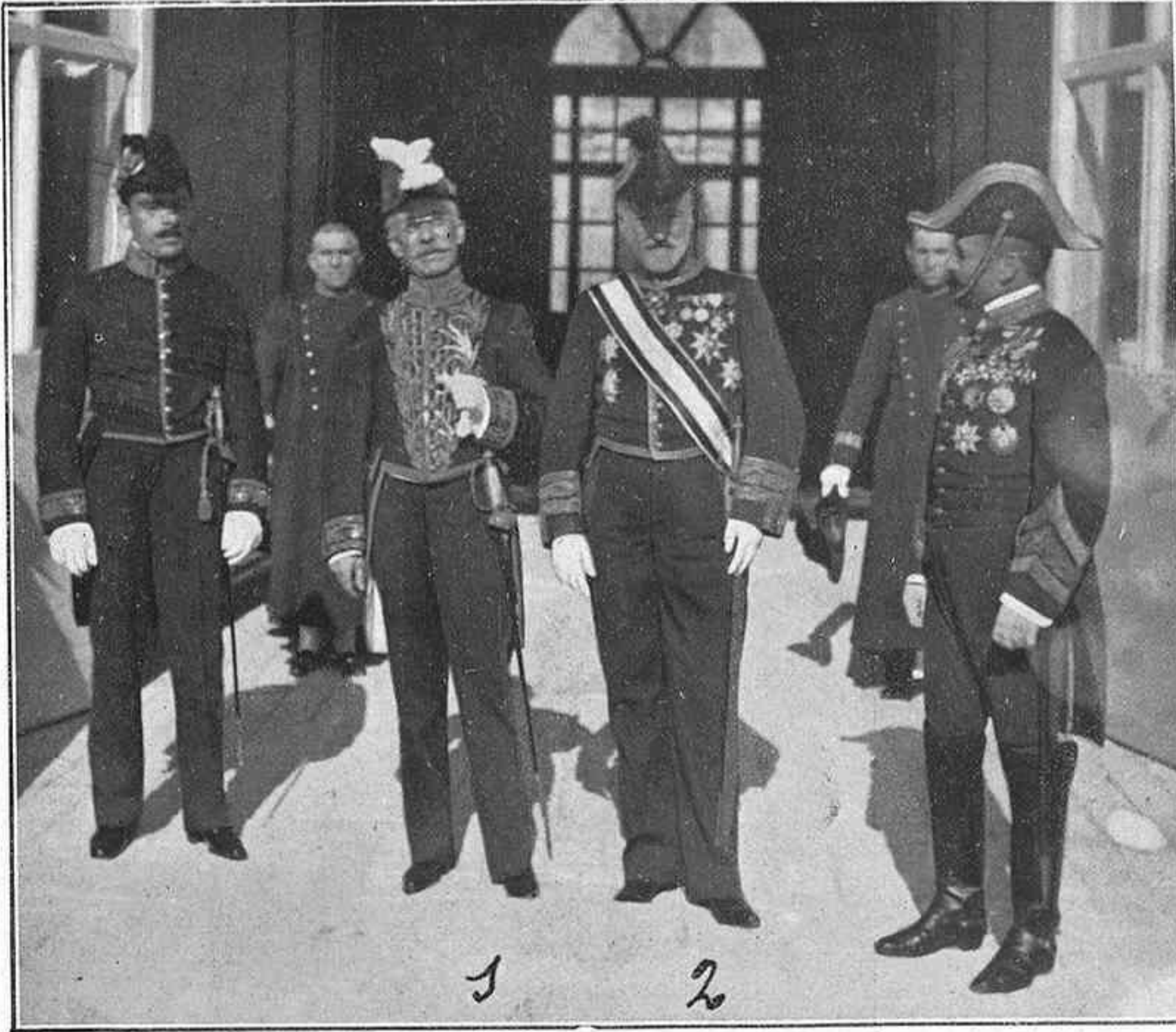
En el pedestal no hay más inscripción que el nombre de Eduardo VII y las fechas de su nacimiento y de su muerte.



La Unidad, grupo para el monumento a Eduardo VII
obra de Alfredo Drury



TRISTÁN E ISOLDA, cuadro de Gastón Eussiere



Madrid. - El nuevo ministro plenipotenciario del Perú en España **D. Enrique de la Riva Agüero** (1), saliendo del palacio Real, en compañía del introductor de embajadores **Sr. Heredia** (2), después de presentar sus credenciales a S. M. el Rey. - El embajador de Inglaterra **Sir Arturo Enrique Hardingue** en su visita al presidente del Consejo de Ministros **Sr. Dato**, después de presentar sus credenciales a S. M. el Rey. (De fotografías de Vidal.)

MADRID. - CEREMONIAS DIPLOMÁTICAS

En los días 15 y 16 de este mes celebráronse en el palacio Real las ceremonias de presentación de credenciales del embajador de Inglaterra **Sir Arturo Enrique Hardingue** y del mi-

mios Nobel de Física y Química. Los trabajos del profesor **Kammerlingh Onnes** han tenido por objeto, de quince años a esta parte, el estudio de las temperaturas extremadamente bajas. Poco después que el físico inglés hubo licuado el oxígeno, el sabio holandés logró licuar, en su magnífico laboratorio de

EL GENERAL MEXICANO CARRANZA

Al frente de las tropas revolucionarias, llamadas también constitucionalistas, que en México combaten contra el presidente Huerta, hállase el general **D. Venustiano Carranza**, el cual tiene entabladas negociaciones con los Estados Unidos para que el gobierno de Washington permita la introducción de armas por su frontera y ha declarado que si la República norteamericana consiente en ello, él se compromete en quince días a entrar victorioso en la capital.

Las relaciones entre el general Carranza y los yanquis han sido hasta ahora, al parecer, muy cordiales; pero es probable que esta cordialidad disminuya o cese en absoluto, desde el momento en que el citado general mexicano ha declarado últimamente que rechaza en absoluto toda forma de mediación de los Estados Unidos en México y toda clase de alianza con ellos.

Esta declaración ha producido excelente efecto aun en los centros oficiales mexicanos.



El profesor holandés **Kammerlingh Onnes**, premio Nobel de Física en 1913

El profesor suizo **Alfredo Werner**, premio Nobel de Química en 1913

(De fotografías remitidas por Carlos Trampus.)

nistro plenipotenciario de la República del Perú **D. Enrique de la Riva Agüero**.

El diplomático inglés fué al Regio Alcázar en la carroza de Tableros de concha, a la que precedían otras tres carrozas, la de París, al servicio del introductor de embajadores; la de Cifras, ocupada por el consejero y dos secretarios de embajada, y la de Corona ducal, de respeto. En el palacio, fué recibido por el oficial mayor de Alabarderos de guardia, quien le acompañó hasta la primera meseta; allí se unieron a **Sir Hardingue** cuatro mayordomos de semana que lo condujeron al salón del Trono, en donde estaba S. M. rodeado del gobierno y de los elementos palatinos. El embajador leyó un discurso, de tonos muy afectuosos para España, al que contestó el monarca en términos sentidos. Hecha la entrega de sus cartas credenciales, **Sir Hardingue** pasó a ofrecer sus respetos a las reinas **D.^a Victoria** y **D.^a Cristina** y luego fué a visitar oficialmente al presidente del Consejo de Ministros.

El nuevo ministro peruano trasladóse a palacio en un coche de los llamados de París de media gala, acompañado del segundo introductor de embajadores **D. Emilio Heredia**; en otro coche, también de París, iba el secretario de la legación. El Rey recibió al ministro en la antecámara con las solemnidades de costumbre y el Sr. **Riva Agüero** entregó a S. M. sus cartas credenciales, cambiándose entre el monarca y el ministro cariñosas frases de simpatía y elogio para ambos países.

PREMIOS NOBEL DE FÍSICA Y QUÍMICA EN 1913

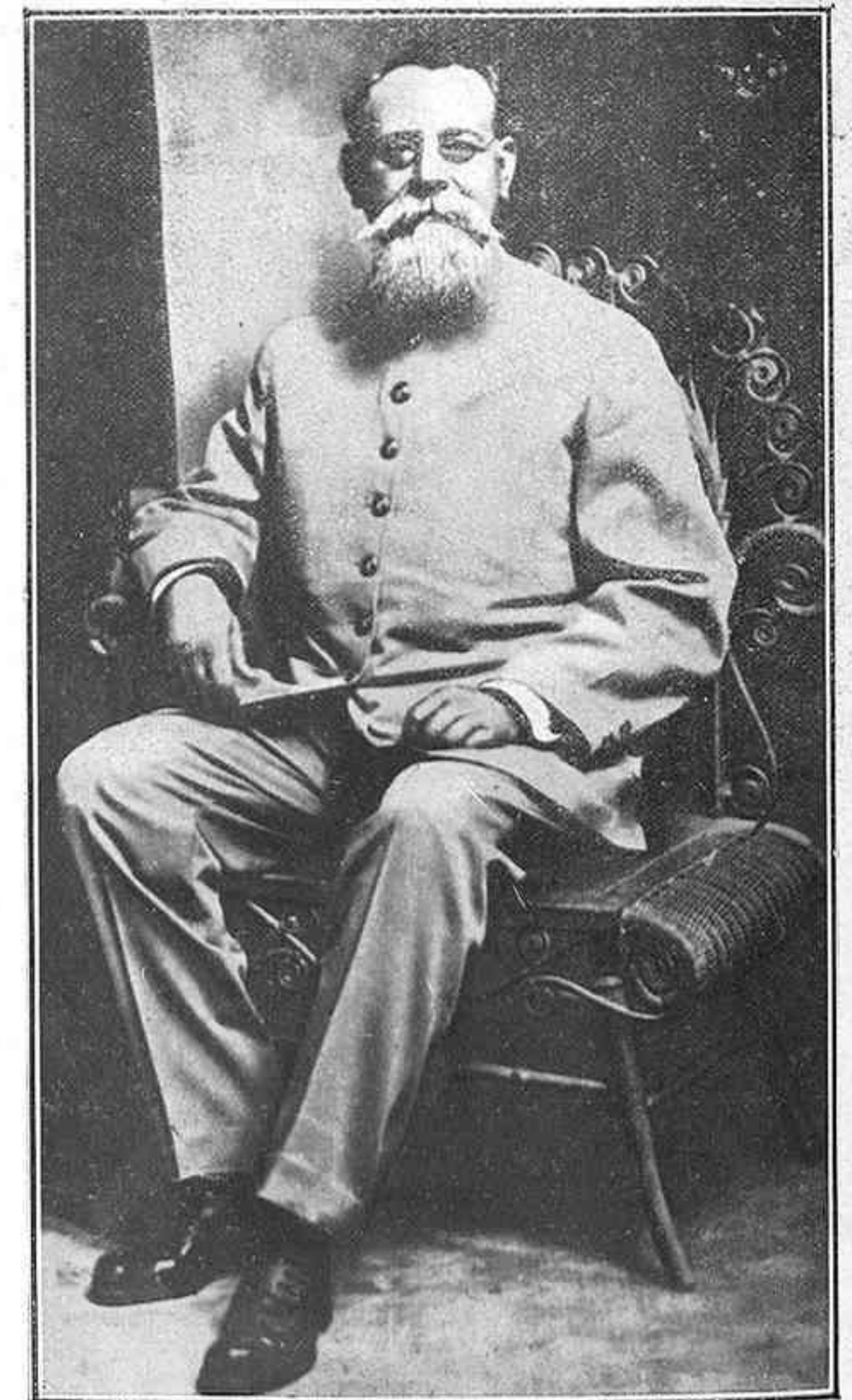
Los profesores **Kammerlingh Onnes**, holandés, y **Alfredo Werner**, suizo, han sido los agraciados este año con los pre-

Leyde, el helio. Este gas raro, que se descubrió en el sol antes de que se descubriese su presencia en la atmósfera terrestre, no se licúa sino a -270° bajo cero. Haciendo hervir el helio líquido en el vacío, se obtiene la temperatura de -271° bajo cero, muy próxima al cero absoluto, que es, como se sabe, de -273° . Las modernas investigaciones han confirmado las teorías proféticas de **Ampere**, quien, a mediados del siglo XIX, afirmaba que la resistencia opuesta por los conductores metálicos al paso de la corriente eléctrica estaba localizada en los espacios intermoleculares. Como los espacios disminuyen con la temperatura y las distancias moleculares son nulas al cero absoluto, **Kammerlingh Onnes** ha logrado, con sus experimentos, demostrar que, al cero absoluto, la conductibilidad de los metales es diez millones de veces mayor que a la temperatura ordinaria. El profesor **Kammerlingh Onnes** ha estudiado también en Leyde, en unión del profesor **Becquerel**, las propiedades magnéticas de los metales.

El profesor **Alfredo Werner**, de la facultad de Zúrich, ha consagrado su carrera científica al estudio de los complejos de la química orgánica. Estos complejos tienen una estructura molecular extraña, apareciendo en ellos unidas agrupaciones minerales con agrupaciones orgánicas.

Un gran número de derivados orgánicos del cromo, del cobalto y del platino han sido estudiados por el profesor **Werner**, quien ha creado esta clase de compuestos químicos que se caracteriza por el poder rotatorio que poseen estas substancias, sin que en su composición entren átomos asimétricos.

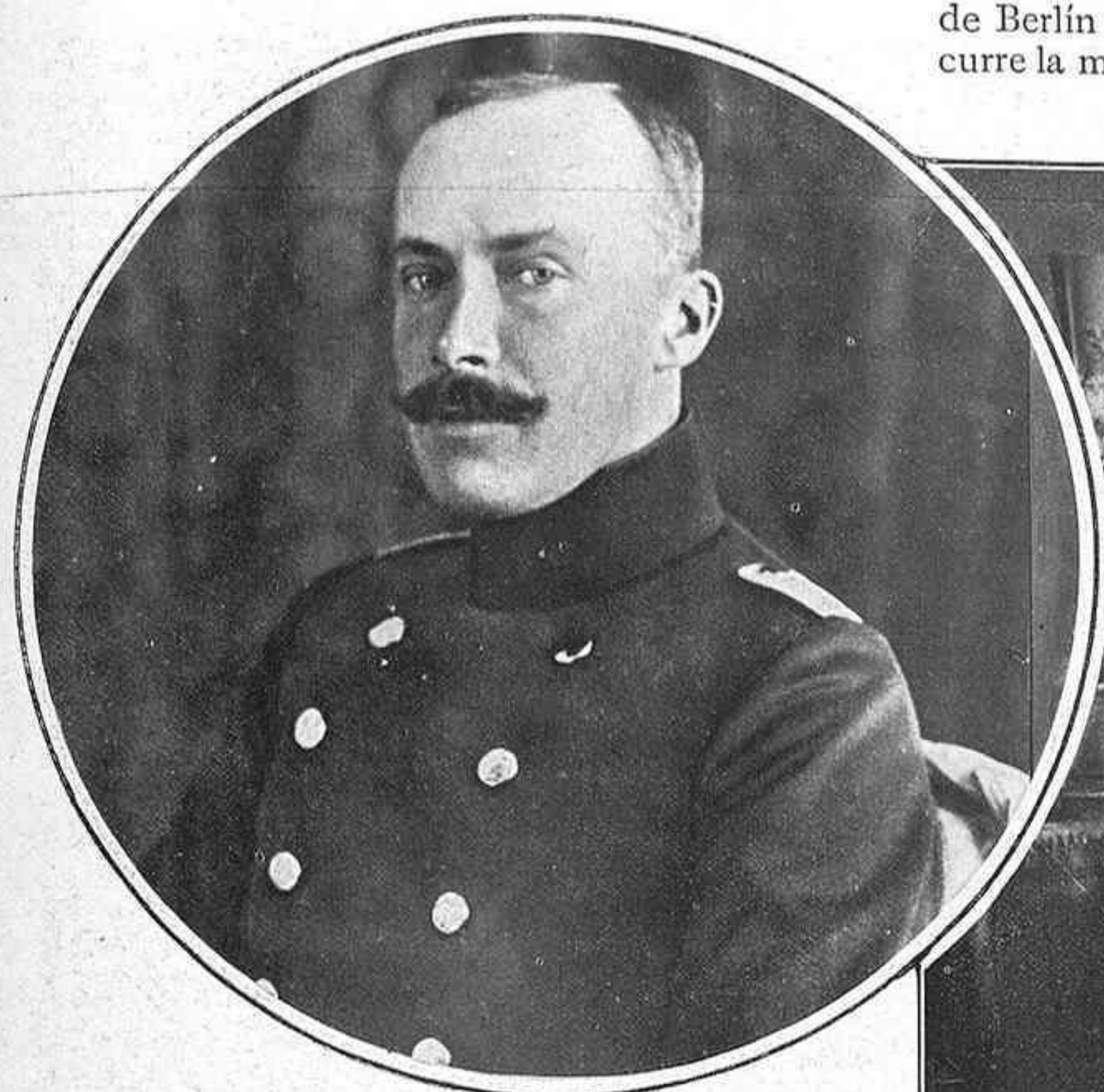
Estos estudios tienen una gran importancia para las teorías generales de la Química.



El general **D. Venustiano Carranza**, jefe del ejército revolucionario, llamado constitucionalista, de México. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

En otras ocasiones hemos señalado el empeño que tienen los Estados Unidos en intervenir en los asuntos de la República mexicana, obteniendo por de pronto la dimisión del presidente Huerta.

Para ello, sin embargo, han querido asegurarse el concurso de varias potencias europeas; pero éstas, según parece, se han negado de un modo terminante a acceder a las pretensiones de los yanquis.



El príncipe Guillermo de Wied, candidato al trono de Albania aceptado por las grandes potencias.

EL TRONO DE ALBANIA

Una de las consecuencias de la última guerra de los Balkanes ha sido la creación del reino de Albania, creación nacida de la conferencia de Londres y artificial, puesto que más que basada en circunstancias étnicas y geográficas ha tenido por fundamento las conveniencias y las exigencias de la diplomacia europea. Buena prueba de esto es que todavía no ha podido resolverse la delimitación de las fronteras sudalbanesas, que corre a cargo de una comisión internacional. Este asunto



Dr. D. Victoriano Guisasola, nombrado recientemente arzobispo de Toledo. (De fotografía de V. Barbera Masip.)

ha determinado cierta tirantez de relaciones entre Austria e Italia, de una parte, y Grecia, de otra, por negarse el gobierno heleno a evacuar los territorios que ocupa todavía en la región meridional de Albania, mientras aquella comisión no termine enteramente su cometido, y exigir los gabinetes de Viena y de Roma que la evacuación se efectúe antes del 31 de diciembre.

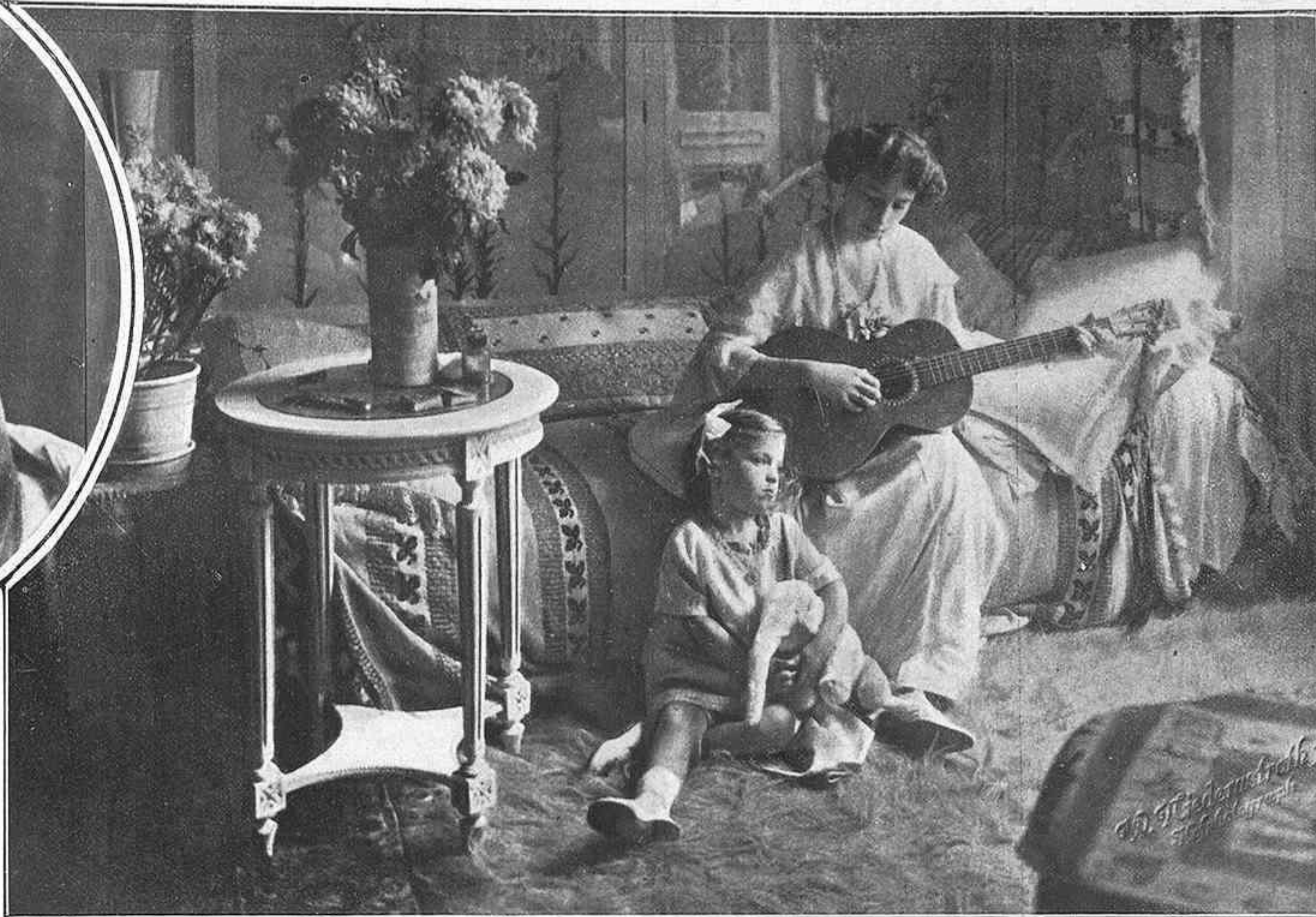
De todos modos, el trono de Albania tiene ya su candidato aceptado oficialmente por las grandes potencias; y este candidato es el príncipe Guillermo de Wied, capitán del ejército prusiano y agregado al Estado Mayor del ejército.

Nació el príncipe en Neuwied el 26 de mayo de 1876, y el 30 de noviembre de 1906 casóse con la princesa Sofía de Schönburg-Waldenburgo, nacida en Póstdam el 21 de mayo de 1885. De este matrimonio es hija la princesa María Leonor, que nació en Póstdam el 19 de febrero de 1909.

El príncipe Guillermo es muy rico y en su palacio

de Berlín celébranse suntuosas fiestas a las que concurre la más selecta aristocracia alemana. La prince-

padre el gran duque ruso Pablo, ha declarado su firme propósito de no volver a Suecia para reanudar



La princesa Sofía, esposa del príncipe Guillermo, y su hija la princesita María Leonor (De fotografías de Niederastroth, remitidas por Carlos Trampus.)

sa Sofía es una mujer hermosa y elegante y una música consumada; uno de los instrumentos que con predilección toca es la guitarra, según puede verse en el grabado adjunto, en el que a los pies de ella está sentada su encantadora hija.

El futuro monarca albanés ha formulado a las potencias sus condiciones, sin cuya aceptación por parte de aquéllas no ha querido aceptar el trono. Su reciente excursión a Austria, Rumania e Italia ha tenido el mayor éxito, en vista de lo cual ha presentado oficialmente su candidatura. Una de las condiciones por él impuestas es la creación de un patrimonio hereditario cuyas rentas constituirán una especie de lista civil al mismo tiempo que una indemnización para el caso en que, por cualquier causa imprevista, se viese obligado a abandonar el trono.

EL NUEVO ARZOBISPO DE TOLEDO

El Dr. D. Victoriano Guisasola y Menéndez, que actualmente ocupa la sede arzobispal de Valencia y cuya designación para la silla primada de Toledo ha sido acogida con general aplauso, hizo sus estudios en el Seminario de Oviedo y en el de Toledo, cursando al mismo tiempo que la eclesiástica la carrera de Derecho. Promovido al presbiterado, desempeñó importantes cargos en Ciudad Real, Orihuela y Santiago de Compostela, y fué preconizado en 1893 obispo de Osma, pasando después a las diócesis de Jaén y de Madrid y finalmente a la archidiócesis de Valencia, dando en todas partes pruebas de su virtud y sabiduría.

Es orador elocuentísimo y escritor de grandes méritos y sus pastorales se citan como modelos.

LOS PRÍNCIPES DE SUECIA

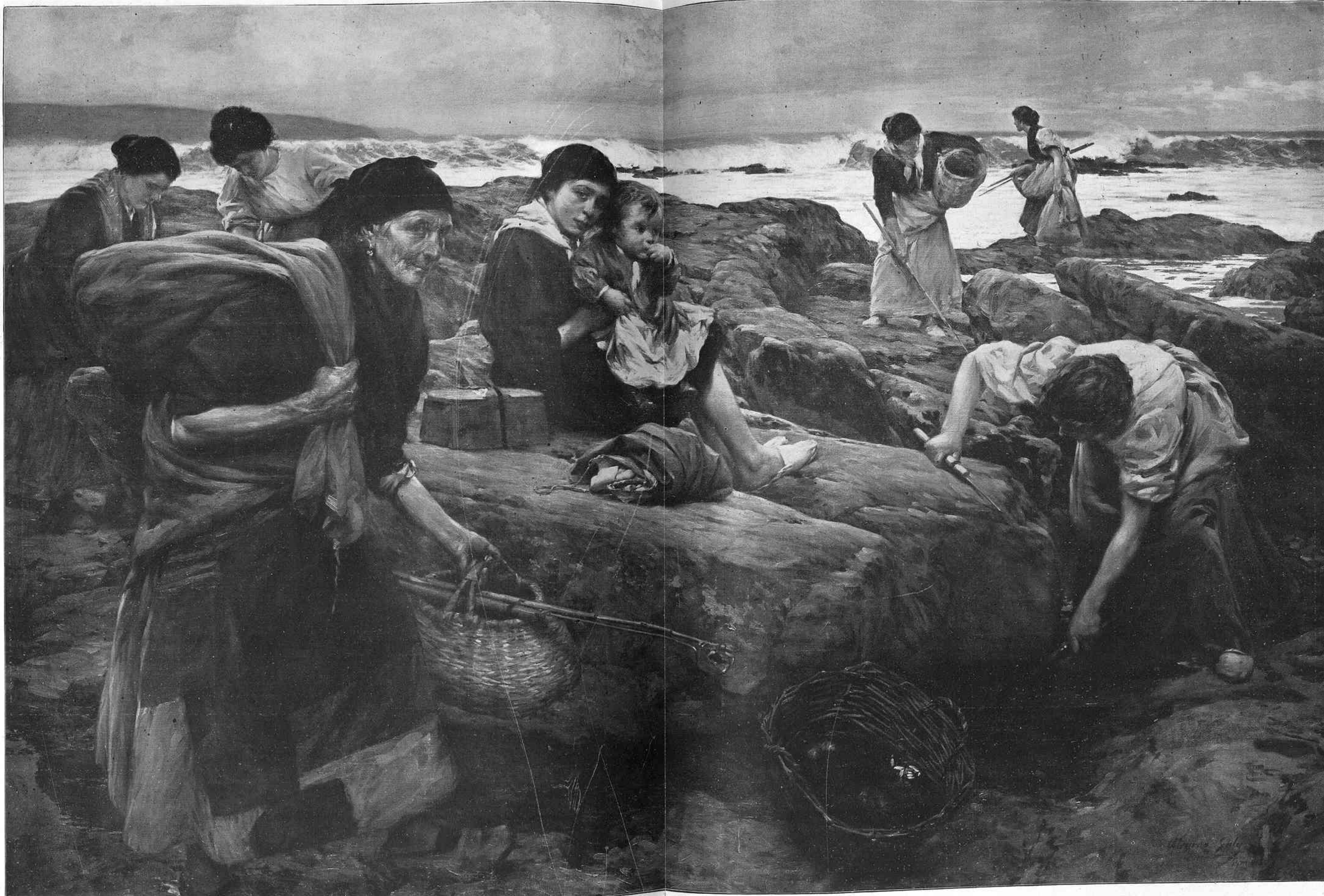
La princesa María, casada con el príncipe Guillermo, hijo segundo del rey de Suecia, que desde mediados de octubre se halla en París, al lado de su

la vida conyugal, habiendo sido inútiles cuantas gestiones se han realizado para hacerla desistir de su resolución. Acerca de este hecho han circulado versiones relacionándolo con la detención de algunos espías rusos en territorio sueco y suponiendo a la princesa complicada en este asunto; pero tales suposiciones han sido rotundamente desmentidas.

El príncipe Guillermo nació el 17 de junio de 1884 y se casó en mayo de 1908 con la archiduquesa María Paulovna de Rusia, nacida el 18 de abril de 1890.

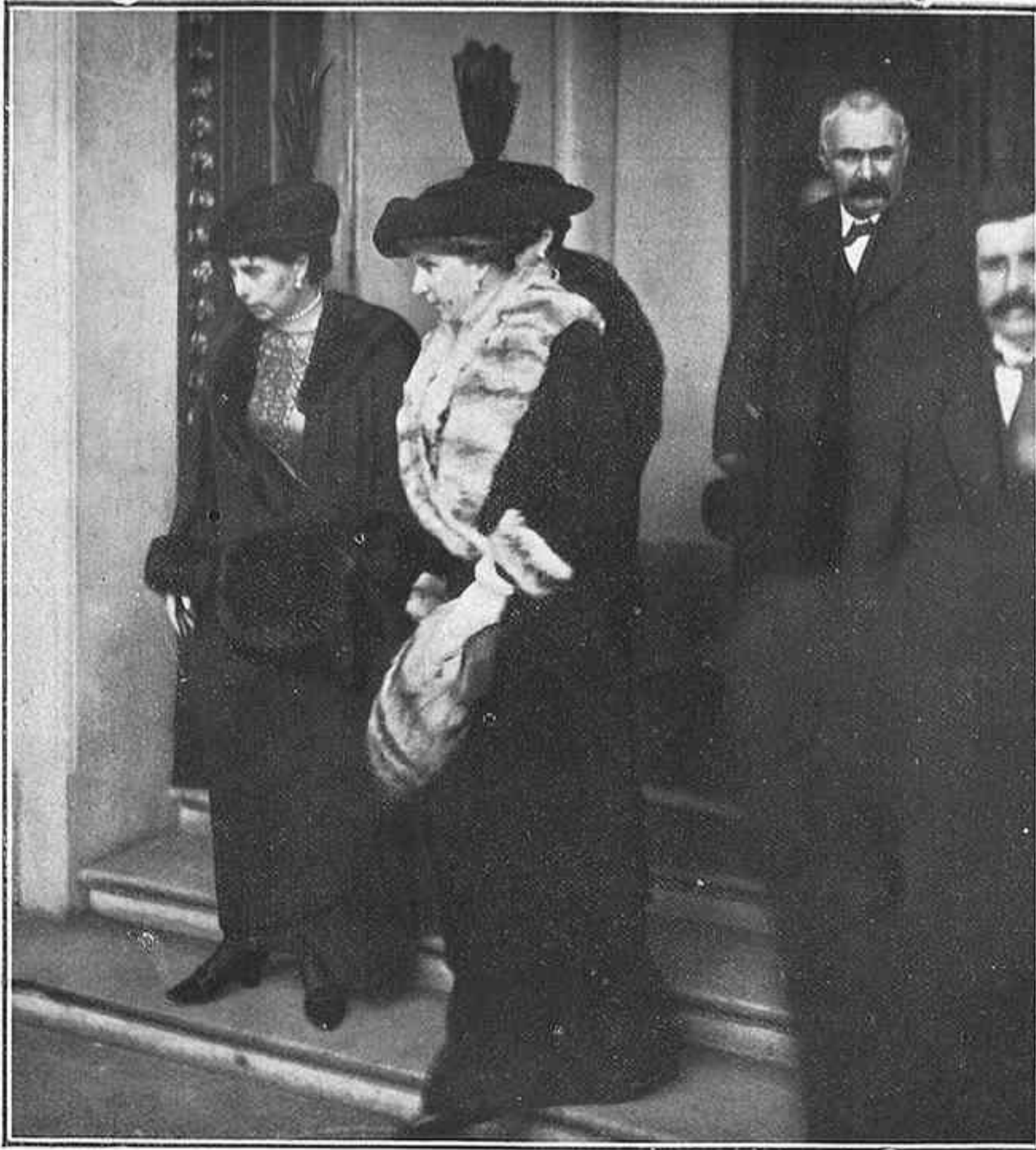


El príncipe Guillermo de Suecia y su esposa la princesa María Paulovna de Rusia, de cuyo próximo divorcio se ha ocupado la prensa europea. (De fotografía de Argus.)



PESCADORAS DE CANGREJOS EN LAS COSTAS DE ASTURIAS.

REPRODUCCIÓN DEL NOTABLE CUADRO DE ALVAREZ SALA



París. - S. M. la reina D.^a Victoria saliendo del Hotel Meurice acompañada de la gran duquesa Cirilo de Rusia

SS. MM. LOS REYES DE ESPAÑA EN PARÍS

De paso para Viena han permanecido unos días en París Sus Majestades el Rey D. Alfonso XIII y la Reina Doña Victoria que salieron de Madrid el 16 acompañados de la duquesa de San Carlos, del marqués de Viana, del general conde del Grove y del Sr. Quiñones de León.

Aunque nuestros soberanos viajan de riguroso incógnito, durante su estancia en la capital francesa han sido objeto de grandes honores y agasajos por los elementos oficiales. A su llegada fueron recibidos en la estación por el ministro de Negocios Extranjeros, por el general Beaudemoulin, secretario de la Presidencia de la República, por el teniente coronel Penelón, ayudante del Presidente, por el embajador de España marqués de Villa-Urrutia, por todo el personal de la embajada y por otras personalidades ilustres. Aquella misma noche, D. Alfonso fué al teatro «des Capucines» siendo acogido con una gran ovación por el público que llenaba la sala.

A la mañana siguiente, el Rey, acompañado del Sr. Quiñones de León estuvo en el Bosque de Bolonia, después de haber efectuado algunas compras en una joyería de la calle de la Paz, en donde varias modistillas que salían de sus talleres le reconocieron y le vitorearon. La Reina, con la princesa Nicolás de Grecia y la gran duquesa Cirilo de Rusia, recorrió algunas tiendas.

Después de almorzar visitaron SS. MM. al Presidente de la República, siendo recibidos con todos los honores y conducidos por el jefe del protocolo señor Martín al gran salón en donde les esperaban los señores de Poincaré. Poco después éstos devolvieron la visita a los soberanos en el Hotel Meurice, en donde se hospedaban.

Luego D. Alfonso fué solemnemente recibido en la Casa Consistorial por el



S. M. el rey D. Alfonso XIII saliendo de una joyería de la calle de la Paz (De fotografías remitidas por Carlos Trampus.)

Consejo municipal en pleno, habiendo también asistido a la recepción el Presidente de la República, los prefectos del Sena y de Policía, el embajador de España en Francia y el de Francia en España señor Geoffroy.

Después de la recepción, que tuvo lugar en la sala de sesiones, obsequióse a S. M. con un *lunch* en el que pronunciaron afectuosos brindis el alcalde de París, Sr. Chassaing Goyón, y el monarca. Por la noche asistió éste al teatro de la Comedia Francesa siendo aclamado por la distinguida concurrencia.

S. M. la Reina D.^a Victoria hubo de quedarse en el hotel por encontrarse algo indispuesta.

En honor de D. Alfonso dispuso el Presidente de la República una cacería en el parque de Rambouillet, que se efectuó el día 19 y a la que asistieron, entre otras distinguidas personalidades, los expresidentes Sres. Loubet y Fallieres, el ministro de Negocios Extranjeros Sr. Pichón y nuestro embajador marqués de Villa Urrutia. Los expedicionarios salieron de París a las nueve y media de la mañana en un tren especial y una hora después llegaron a Rambouillet, en donde fueron recibidos con los correspondientes honores. D. Alfonso, acompaña-

do del Sr. Poincaré, visitó las principales habitaciones del castillo, sirviéndose luego en el gran comedor un espléndido almuerzo de treinta cubiertos, terminado el cual los expedicionarios se dirigieron en carruajes al lugar de la cacería, comenzando ésta inmediatamente. En las diferentes batidas, admirablemente organizadas por el general Beaudemoulin y por el coronel Boulange, se cobraron 734 piezas, de las cuales 331 fueron muertas por D. Alfonso.

A eso de las cinco emprendió el regreso, llegando los viajeros una hora después a París, en donde fueron objeto de una calurosa manifestación de simpatía.

La indisposición de la reina Doña Victoria, que por fortuna no parece ofrecer gravedad, ha sido causa de que D. Alfonso haya retrasado un día su salida para Viena.

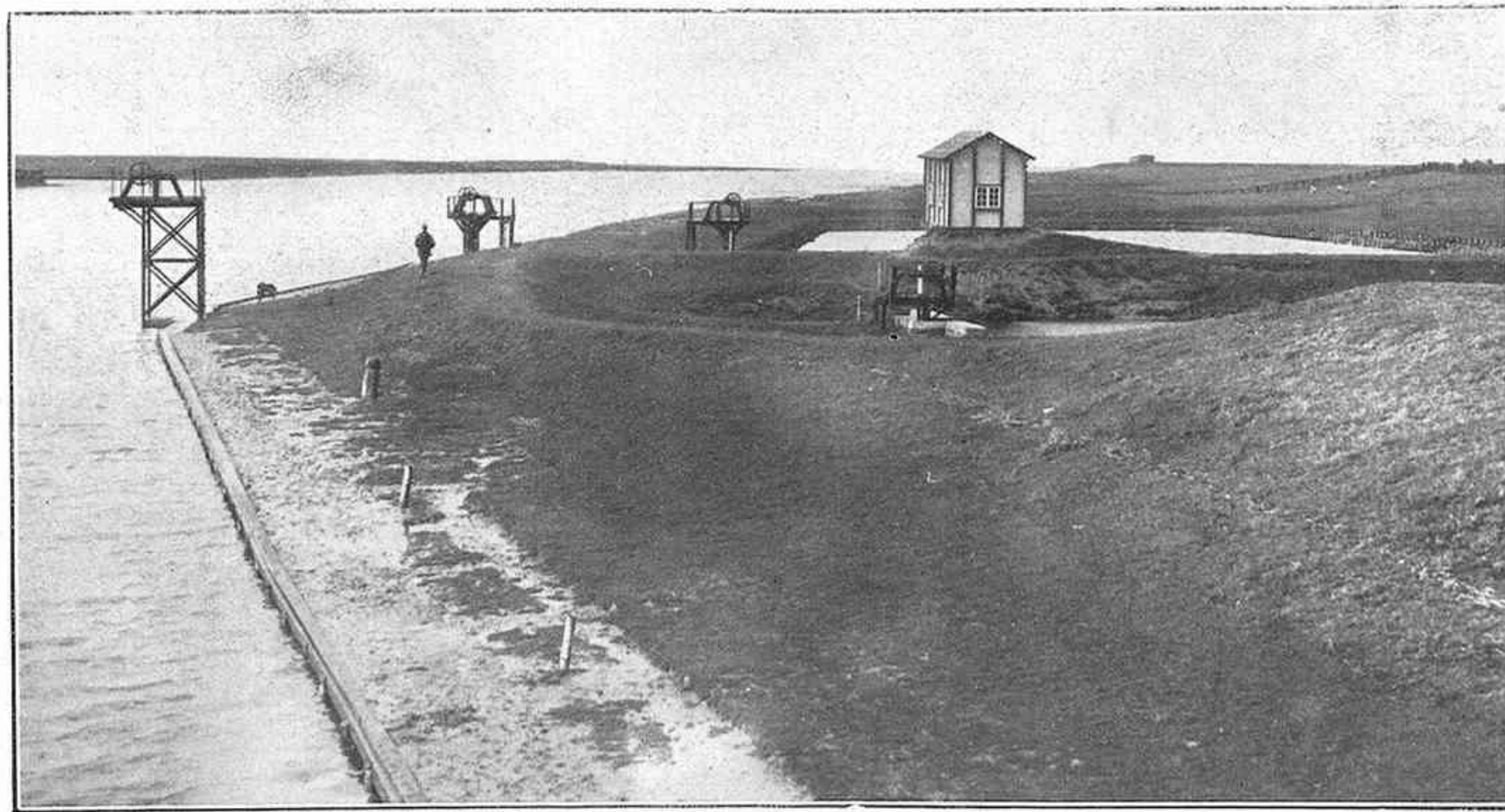
LA UTILIZACIÓN DEL MAR

PARA LA PRODUCCIÓN DE ENERGÍA ELÉCTRICA

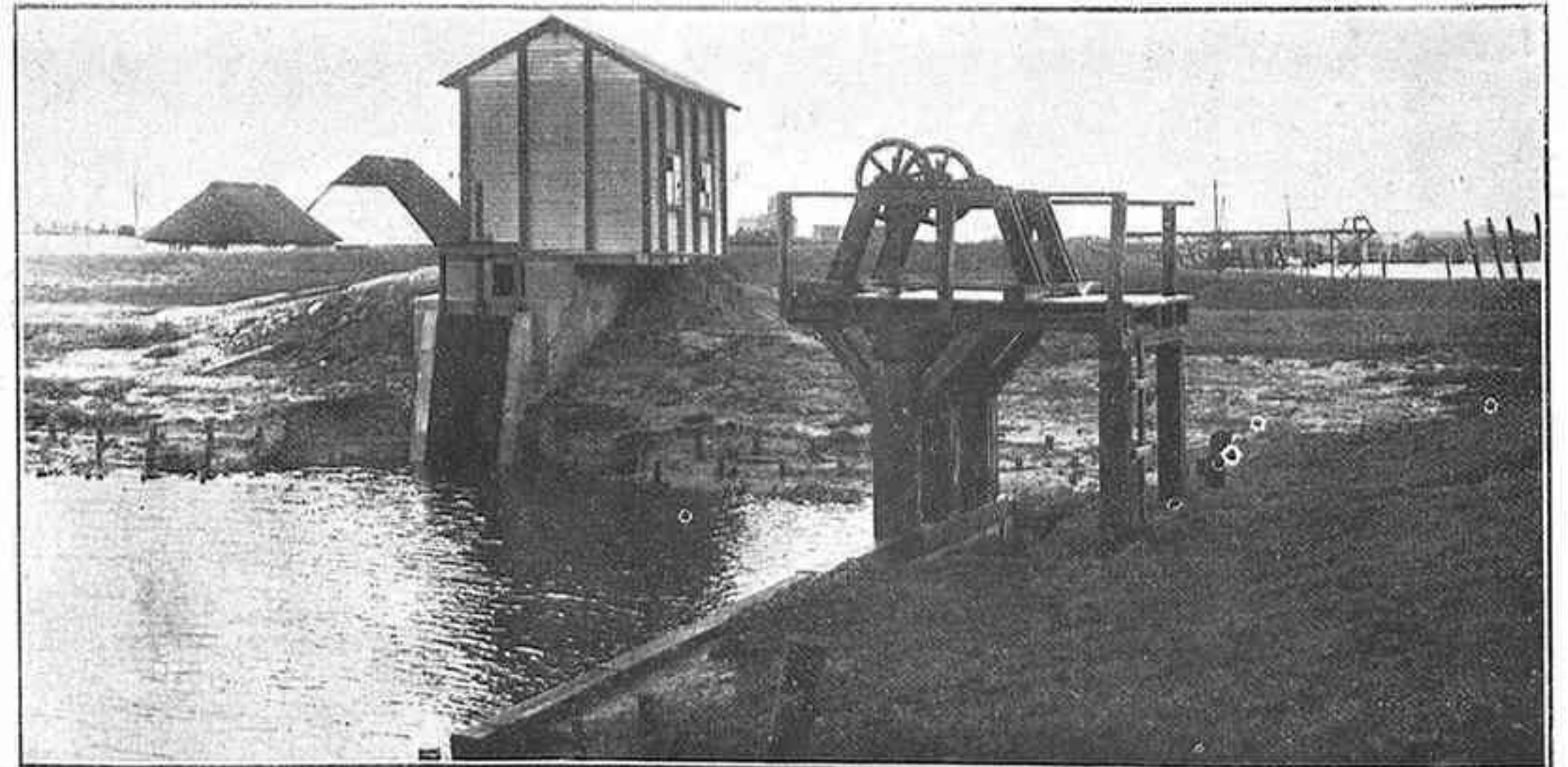
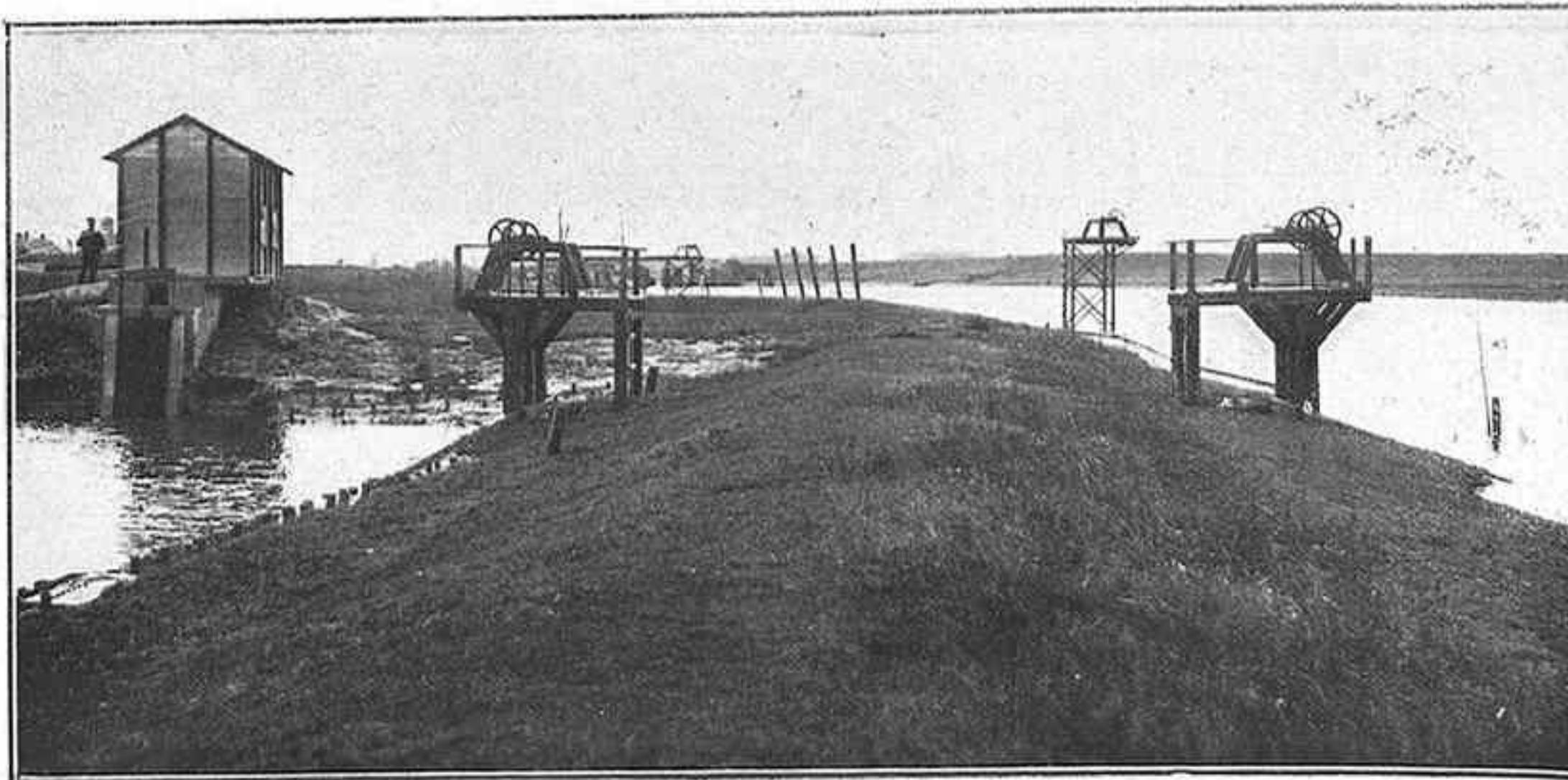
El ingeniero de Hamburgo Sr. Pein ha montado recientemente en Husum una instalación para utilizar el mar como generatriz de energía eléctrica, que es la primera establecida en gran escala y que viene a resolver de una manera práctica un problema interesante por algunos ya planteado hace tiempo pero no solucionado por nadie definitivamente antes de ahora.

La base del sistema aplicado en Husum es el aprovechamiento del flujo y del reflujo del mar, para lo cual el Sr. Pein ha instalado en diferentes alturas varias máquinas que son accionadas por la marea alta y por la marea baja, produciéndose así la electricidad que es utilizada y explotada a larga distancia, tierra adentro, para la iluminación y como fuerza motriz.

La corriente eléctrica obtenida por este procedimiento resulta a un precio sumamente económico. Los resultados conseguidos hasta ahora son en alto grado satisfactorios y permiten esperar que se crearán otras instalaciones para la producción de energía eléctrica en más vasta escala.



Utilización del mar para la producción de energía eléctrica. - Vista general de la instalación montada en Husum por el ingeniero hamburgués Sr Pein



Vista del dique y de las esclusas construídas en diversas alturas para hacer pasar el agua del mar de un estanque a otro Vista parcial de la instalación: en primer término la esclusa y en el centro la casa de máquinas. (De fotografías remitidas por Carlos Trampus.)

GIL DE CLAIRCOEUR

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Claircoeur se alejó en medio de un confuso ruido de su hermoso traje de tafetán de la India, cuyo color de hortensia azul se fundía, en el cuerpo del vestido, bajo los adornos de chantilly blanco. Un chal de muselina de seda del mismo color, cubierto de chantilly, le caía en torno de la cintura. Su gran sombrero, de paja negra, tenía por adorno una inmensa amazona «llorona» de un azul más delicado.

Y lo cierto era que aquel elegante traje no le sentaba mal. Sin embargo, no debía verse en él la causa única del cambio tan ventajoso de toda la persona. Había en ésta algo de suave, femenino, casi gracioso, que atenuaba la pesadez de la silueta. Un brillo nuevo en la fisonomía. Una sombra de colorete y de polvos en las mejillas y en los labios... Un toque de lápiz castaño fijando la vaga curva de las cejas rubias, bajo la cabellera arreglada, ondulada con las tenacillas de rizar, abriantada con vivos reflejos... Por cima de todo, un resplandor interior que se transparentaba en juventud - más rejuvenecedor de hecho que ningún artificio -. Todo esto permitía a Claircoeur llevar sin ridiculez su traje de un azul indeciso y sus vapores encajes.

Bernardo la vió salir todavía con más sorpresa que la había visto entrar. Pero no perdió por eso su presencia de espíritu.

- ¡Tía!, exclamó, reteniéndola con el gesto y la voz.

¿Podría concederle cinco minutos de audiencia, antes o después de almuerzo, para algo muy serio?

- ¿Algo muy serio?... ¡Contigo!

- Tía Gil..., te juro... Y si no, pregunta a Berta.

Entonces hablarían antes del almuerzo, en seguida, al volver ella de su cuarto. Porque había que dejar al Sr. Fagueyrat el tiempo de leer, de anotar sus observaciones. Mientras que después, ensayarían juntos las nuevas escenas, se buscaría lo fuerte y lo débil de las mismas, se contarían los minutos que cada una duraba. Gilberta los ayudaría. No había tiempo para ocuparse en Bernardo.

Este hubiera preferido animarse y aun alegrarse antes con el almuerzo, saborear sus suculencias, satisfacer su curiosidad por conocer de cerca al actor en boga - orgulloso como estaba, a pesar de sus burlas, de comer a la misma mesa que Fagueyrat. Un presentimiento le advertía que semejantes alegrías serían menos completas después que él hubiese hablado con la tía Gil. Seguro de ello momentos antes sentía disminuir su confianza a la idea de que, dentro de breves instantes, se lo habría dicho todo, y de que, con una palabra, ella podría destruir su esperanza -, esperanza que le hacía palpar con tanto más anhelo, cuanto más temía verla más pronto disipada.

En un alma de dieciocho años, que no discierne, entre su ardiente afán y la realización de la dicha, más que el «sí» o el «no» de un ser, omnipotente en aquella circunstancia, la idea sola de la negativa

enloquece. ¿Qué es la negativa misma tal como la oyó Bernardo? El impetuoso muchacho, en su desesperación, que le puso el rostro lívido y los pápa-

yo me encargaré de ellos, en la medida de lo posible. Pero, ¿cómo quieres que yo me comprometa?... Quizá mis medios no alcanzan. No tengo la menor idea...

- No hablemos más, tía Gil. No hablemos más. ¡Mis padres! ¡Pedirles nada!.. No saben que me han suspendido en los exámenes del bachillerato, con la agravante de escándalo. Si te figuras que voy a volver a mi casa para decirselo... sin tener una perspectiva de porvenir, independiente de ellos, segura...

- ¡Muchacho! No volver a tu casa... ¿Qué locuras son éstas? Por lo que toca a tu bachillerato, se lo diré yo. Iremos juntos, con Gilberta. Y, entre todos, descubriremos la carrera que puedes seguir, una carrera que te guste y en la cual puedas mostrar lo que vales. Porque yo creo que vales más de lo que tú mismo te figuras... ¡Un muchacho de tu inteligencia reducido a ser una especie de acróbata!.. ¿En qué piensas? Porque, en fin, ¿tú no perfeccionarás las máquinas? Lo que te tienta no es la mecánica. Es el deporte. El aeroplano, hasta ahora, no es más que un medio, y un medio muy imperfecto. No puede ser un fin.

- Hasta la vista, tía Gil. O mejor dicho, ¡adiós!, dijo bruscamente el joven.

- ¿Qué significa?... ¿Te vas?... ¿No almuerzas?..

Bernardo trataba de producir un efecto teatral. Su hermana entró. Él quiso despedirse dramáticamente de las dos mujeres. ¿Partiría para América como había anunciado a su hermana? Pero, ¿con qué dinero, para pagar el pasaje? ¿Se arrojaría de cabeza al Sena? Era demasiado buen nadador. ¿Se precipitaría desde lo alto de la torre Eiffel, a fin de tener una vez siquiera la ilusión de flotar en el espacio antes de abandonar este mundo? Estas sombrías alternativas, y otras muchas no menos siniestras se leían en su pálido rostro de muchacho terco, como en el gesto a la vez desalentado, afable y resuelto, con que se desprendía de los amantes brazos que trataban de retenerlo.

Pero alguien llamó a la puerta, y la voz de la cocinera se dejó oír:

- Señora, el horchatero. En vez del mantecado de fresa propone un granizado de naranja. ¿Hay que aceptarlo?

- ¡Un granizado de naranja!, exclamó Bernardo con un rayo de glotonería en su tormentosa mirada.

- ¡Quédate y te regalarás, loco!, dijo la tía Gil.

Y se fué a conferenciar con el horchatero, dejando a Bernardo con su hermana.

- Para mí no hay comida completa sin un buen helado, dijo el mozalbete.

- Pues quédate a tomarlo, insinuó Gilberta, con maliciosa gravedad. Tiempo te quedará después para suicidarte.

Su hermano se dignó sonreír. Pero, en seguida, volviendo a su actitud trágica, cogió a su hermana por el hombro y la miró en los ojos.



- Usted no sabe el sentimiento que destruye

dos plomizos en torno de las pupilas cuya mirada adquirió una súbita dureza, apenas quiso escuchar la atenuación sobre la cual la tía Gil insistía.

- Te repito, muchacho, que si tus padres están acordados conmigo, veremos. Pero nunca te ayudaré a tomar una carrera contra su voluntad. La aviación... ¿Es que a eso se le puede llamar una carrera?

- No, contestó él irónicamente, es un jueguecito muy tranquilo y seguro.

- Ganar el premio de un circuito es una hazaña que se hace una vez. ¿Y luego? Eso no es ninguna profesión.

Bernardo dió un brinco.

- Tía Gil, no te canses. Que no quieres. Pues punto final. No denigres lo más glorioso que hay en el mundo en este momento.

Dió tres pasos, se plantó delante de la ventana abierta, miró el «parque» de su hermana, la espesura de las ramas, de las hojas polvorientas - pobre verdura que, sin embargo, entre tanta piedra se imponía atrayendo la mirada. Y empezó a silbar un airoso vals.

- Bernadito, escucha... Ten juicio. Te prometo una cosa: guardar mi opinión para mí, si tus padres desean que te hagas aviador. No desaprobare semejante resolución. En cuanto a los primeros gastos,

pitaria desde lo alto de la torre Eiffel, a fin de tener una vez siquiera la ilusión de flotar en el espacio antes de abandonar este mundo? Estas sombrías alternativas, y otras muchas no menos siniestras se leían en su pálido rostro de muchacho terco, como en el gesto a la vez desalentado, afable y resuelto, con que se desprendía de los amantes brazos que trataban de retenerlo.

Pero alguien llamó a la puerta, y la voz de la cocinera se dejó oír:

- Señora, el horchatero. En vez del mantecado de fresa propone un granizado de naranja. ¿Hay que aceptarlo?

- ¡Un granizado de naranja!, exclamó Bernardo con un rayo de glotonería en su tormentosa mirada.

- ¡Quédate y te regalarás, loco!, dijo la tía Gil.

Y se fué a conferenciar con el horchatero, dejando a Bernardo con su hermana.

- Para mí no hay comida completa sin un buen helado, dijo el mozalbete.

- Pues quédate a tomarlo, insinuó Gilberta, con maliciosa gravedad. Tiempo te quedará después para suicidarte.

Su hermano se dignó sonreír. Pero, en seguida, volviendo a su actitud trágica, cogió a su hermana por el hombro y la miró en los ojos.

— De seguro, hermana mía, que no olvidarás el día de hoy. Te has puesto contra mí con tu madrina.
— ¿Es posible que digas eso?
— Te has puesto contra mí con tu madrina. Tendrás tu parte de responsabilidad en lo que suceda. Mi resolución está tomada. Seré aviador. ¡No soy bastante tonto para suicidarme!. En este mundo uno hace lo que quiere, si lo quiere de veras.

Gilberta trató otra vez de tomar la cosa en broma. Pero mostróse más preocupada de lo que hubiera querido parecer. Durante el almuerzo observó a Bernardo. Este no afectó alegría. Pero hizo honor a la comida. Demostró una vez más la indefinida facultad de absorción de un flaco adolescente, en cuyo delicado cuerpo se buscaría en vano el abismo en que puede haber tanta comida. Cortés con Fagueyrat estuvo reservado con una fría dignidad, que pretendía tratar de igual a igual. El director de las Fantasías Louvois (pues Fagueyrat ya lo era) no hizo caso alguno de aquel colegial, en quien ni siquiera notó, sin duda alguna, los aires de importancia que se daba. Gilberta, muy preocupada por su hermano, en el fondo, trató varias veces de mezclarlo en la conversación — empresa difícil, pues no se hablaba más que de teatro, de decoraciones, de ensayos, de intérpretes y de otras cosas que eran verdaderos arcanos para el colegial. Después de una palabra distraída de Fagueyrat hacia el lado de Bernardo, continuaba el actor su monólogo, hasta declamar pasajes de su papel en *Las desdichas de una modistilla*.

En tales momentos la señorita Andraux sufría a causa de las miradas lanzadas por los ojos eléctricos del muchacho. Un dardo de fuego, bajo los párpados poco abiertos, cargados de espesas pestañas negras. Tampoco le gustó la expresión con que él observaba el inusitado lujo de la mesa. Aquellas delicadezas le parecían a él inauditas, mientras que Gilberta, que las había visto surgir, una tras otra, desde hacía algunos meses, se acostumbraba a ellas, tanto más cuanto que su sexo y sus gustos se inclinaban a los refinamientos de elegancia.

Pero el hijo de Teófilo y de Luisa no había visto nunca guirnalda de flores sobre los manteles, y menos sobre unos manteles calados, de encaje, puestos sobre un transparente de raso junquillo. Nunca se había servido de un cubierto especial para el pescado (tanto que lo notó demasiado tarde). Celina, en vez de poner las fuentes sobre la mesa, las presentaba a la izquierda de cada comensal. ¡Y Celina llevaba guantes blancos! El vino (tinto o blanco, a elegir) llenaba botellas de blanco cristal con golleta de plata. Y el champaña se presentó en un jarro también de cristal, rodeado de una brillante armadura, entre cuyas cinceladuras se distinguía un depósito interior de hielo. Cuando se sirvieron tazones para lavarse los dedos, haciendo bailar al movimiento de la bandeja las rosas, que flotaban sobre su agua perfumada, Bernardo recordó la *Orgía romana* de Couture.

Miró a la tía Gil — la tía Gil, la providencia burguesa, llana y sencilla, de su infancia. Y la encontró aún más completamente cambiada por mil detalles imperceptibles que por el traje de tafetán azul y de chantilly blanco. La escritora se dirigía a Fagueyrat. Repetía escenas de amor, buscando con él la frase apasionada que impresionase al público. Le llamaba indistintamente «mi querido director», o «mi querido intérprete». Pero una vez se le escapó el llamarlo (al menos Bernardo creyó oírlo así) «mi querido Fagueyrat». El muchacho no estaba absolutamente seguro de ello, pues la tía Gil había podido llamar a su intérprete «mi Sr. Fagueyrat». Porque la voz de la novelista también había cambiado, era más penetrante, más honda, con lentitudes afables, o bien se animaba de pronto, modulándose con ligeras risas, en claras sonoridades de repique. Estaba sonrosada de tanto hablar, de tanto agitar sentimientos verdaderos o ficticios, de haber bebido media copa de champaña de gran marca. En la etiqueta de la botella vacía, que había quedado sobre el aparador, Bernardo no reconoció el ave con las alas desplegadas, que era como la firma del tan conocido lonjista — aquel ave simbólica, que reaparecía en todas las franquichelas de familia, y cuya efigie radiosa se cernía sobre sus juveniles años. La tía Gil no compraba ya champaña de especiero.

Claircoeur se levantó de la mesa, después de haber agitado un instante, con el pulgar y el índice, la rosa del tazón de agua perfumada. Fagueyrat le ofreció el brazo, como en escena, después de una comida del gran mundo — con una gracia acentuada.

En el salón, los esperaba el café, en una cafetera firmada por algún platero artístico. Gilberta lo sirvió. Y como Fagueyrat no tomaba nunca licores, ni quiso fumar en casa de una señora, reanudóse pronto el trabajo. Abriéronse varias copias del acto en curso de composición.

— Todavía hay pasajes que resultan demasiado largos, afirmó el actor. Representándolos los tres, vamos a ver lo que es esencial y lo que deberá suprimirse. Mire usted la hora que es. Las dos y cuarto. A las tres, lo más tarde, es preciso haber terminado. Si no...

Hizo un movimiento de cortar con unas tijeras. Su simpática fisonomía respiraba la satisfacción de ocuparse en algo que le apasionaba. Colaborar tan de cerca con un autor, buscar y encontrar los efectos, cortarse a sí mismo un papel a su antojo, ¡qué orgullo! ¡qué alegría! Pero, ¿no era un maestro, un director, una potencia? La sorda embriaguez de esta ascensión vibraba sobre todos sus sentimientos y sobre sus pensamientos todos, manteniéndolo en un estado de felicidad en que ni siquiera tenía necesidad de pensar para gozarlo.

Un ser joven, seductor y feliz, es una fuerza magnética. Cada uno de sus movimientos esparce en torno de él efluvios que trastornan más o menos las cabezas. Irradia y atrae. El mismo Bernardo, con estar tan triste, se sintió casi conquistado, en aquel momento, por la viveidad expansiva del comediante, por su fina amabilidad y sobre todo por la manera ingeniosa y delicada con que sugería a Claircoeur los cambios que podían introducirse en el diálogo. Desarrollaba, con ejemplos chocantes, las perspectivas singulares del teatro; indicaba lo poco que a veces basta para que una réplica produzca bueno o mal efecto, y parecía sentir siempre el tener que suprimir un pasaje superior, para someterse a las exigencias simplistas de la escena.

Pero, cuando empezaron a leer el diálogo, a declamarlo para descubrir los resortes emocionantes, cuando Bernardo vio a Fagueyrat arrojarse a los pies de Claircoeur, que moneaba el papel de la dama, mientras que Gilberta — la modistilla «Lulú», al traer un vestido de su casa de costura, los sorprendía y se anegaba en llanto, el despreciador de Séneca y de La Rochefoucauld se crispó de irritación. «¡Qué histrión!», exclamó para sí. Mil impresiones que no había analizado, se precisaron. El furor, los celos, la inquietud, emplearon en él voces distintas. «Por ese fatuo la tía Gil se niega a ayudarme; la tiene embaucada. Él lo es todo para ella, y ella daría todo su dinero por verle poner los ojos en blanco y oírle declamar frases de amor, aunque no vayan para ella. Y, en cuanto a mi hermana, la flechó. Pero con Berta, la cosa es más grave.

Entre dos escenas, Bernardo se despidió. Esta vez el aire fatal con que acentuó su adiós no produjo ningún efecto. Él se fue exasperado.

Al atardecer de aquel día, cuando Teófilo volvió del Ministerio, su mujer empleó mil circunlocuciones para anunciarle el fracaso de su hijo en los exámenes de bachillerato. El subjeje aun no había comprendido, cuando Bernardo intervino:

— Pero, ¿a qué tantos rodeos? Más vale decirlo en seguida. Me han dado suspenso otra vez. Pero no gastes tu elocuencia, papá, ni te canses en ponerte furioso. Ocurre algo más serio. He almorzado en casa de la tía Gil. Pronto nos habrá arruinado, con el tren de vida que lleva. Todo por la manía del teatro que le ha dado. ¿El teatro?.. Si no es el cómico. Ese fatuo de Fagueyrat se halla instalado en casa de Gil como un ratón en un queso de Holanda. Ustedes juzgarán si es conveniente y decoroso dejar allí a Berta. Que la vieja se deje sacar el dinero que pretende colocar en sitio seguro para dejárnoslo, tiene poca gracia. Pero, a mi hermana..., podría sucederle algo peor. ¡Hay que verlas a las dos con su comediante!.. Tan loca está la una como la otra. Abran ustedes el ojo.

VI

— La señora ha tardado en volver, dijo Celina a Gilberta, que se había dejado retener en varias tiendas y almacenes con una lista de encargos para su madrina. La señora ha tenido que marchar.

— ¡Tan pronto!, pero su banquete de la Sociedad de las Treinta mil Líneas no empieza hasta las siete y media; aun falta al menos una hora.

— La señora tenía que pasar por el teatro. Me ha dicho que recordase a la señorita que vaya por ella a la Sociedad, si la señorita sale bastante pronto de casa de su amiga.

Cuando Claircoeur asistía al banquete trimestral de la Sociedad de las Treinta mil Líneas — asociación que editaba en colecciones ilustradas las largas novelas publicadas en los folletines de los periódicos — Gilberta, a fin de no comer sola, iba a sentarse a la mesa de su familia o de alguna amiga. Pero le gustaba mucho ir luego al restaurán de la «Truite au bleu», donde se celebraban los banquetes literarios.

So pretexto de buscar a su madrina, llegaba antes de la dispersión de los comensales, a tiempo a veces para oír un discurso. Veía allí escritores conocidos; respiraba con el humo de los cigarros de aquellos señores, en medio de la charla profesional de aquellas señoras, una atmósfera especial, que la embriagaba deliciosamente. Todos la conocían. Se la trataba como a futura compañera. Aunque la sala del banquete estaba rigurosamente cerrada a toda persona que no fuese socia ni convidada, permitían que, a los postres, se colase en el comedor aquella muchacha, cuyos hermosos ojos se descajaban con una admiración ingenua ante los «maestros» y ante las literatas célebres. Debía este privilegio a su gracia y a la popularidad de Claircoeur, cuya mano, secretamente abierta, atendía con frecuencia a pequeñas dificultades sociales, y miserias particulares.

— Por supuesto, iré en busca de mi madrina, dijo Gilberta a la camarera.

Entró en su cuarto, pero volvió a salir en seguida, exclamando:

— Celina, diga usted...

Desplegó una larga tira de papel impreso por una sola cara, y recorría una carta. Sus manos y su voz temblaron.

— ¿Qué es eso?.. ¿Cómo ha venido? ¿Por qué no me previno usted?

— Lo había puesto sobre la mesa de la señorita. La señorita no podía dejar de verlo.

— No ha venido por el correo. ¿Quién lo ha traído?

— Un pequeño ciclista. Llevaba, en la gorra, en letras doradas: *El Gulliver*. Ha vuelto por la contestación.

— ¿Ha vuelto?

— No hace cinco minutos. La señorita hubiera podido cruzarse con él. Yo, ¿comprende usted?, no podía dar ninguna contestación. La señorita no había vuelto. La señora acababa de salir.

— Naturalmente, usted no podía contestar. Está bien.

Gilberta se encerró vivamente en su cuarto.

Celina, picada, se fue a la cocina.

— Está algo nerviosa, dijo a Guillermina.

Flotaba un fuerte olor a ajo en torno de los fogones, en medio del calor del carbón y de la tarde de verano. Aprovechándose de que sus amas comían fuera, Guillermina, la cocinera, guisaba para ella misma, para Celina y para la portera convidada, una multitud de caracoles enormes, cuyo relleno chirriaba en el aceite hirviendo. Su ancha cara, más encendida que las brasas y más relucientes que las conchas de los caracoles, era positivamente redonda como una luna llena, bajo cuatro cabellos grises estirados hacia atrás y reunidos en un moño del tamaño de una nuez.

— La juventud es así, contestó, indulgente. Deje usted, Celina. Yo, a su edad, sabía tanto lo que quería como usted sabe la edad del Gran Turco. No vayas, pobrecita, no vayas a molestar a la niña mimada de la madrina, aconsejó a Criqueta, la cual, hecha un ovillo sobre un almohadón, en un ángulo, acechaba con ojos inquietos la próxima confección de su comida. — ¿Eh?.. Estás contenta de encontrar a tu vieja Guillermina, cuando las señoras no comen en casa..., añadió la cocinera, inclinándose hacia la perrita la rojiza luna llena que le servía de cara.

Levantóse Criqueta y saltó repetidas veces hacia aquel astro favorable a sus humildes alegrías. Más feliz que los hombres, incapaces de tocar a sus dioses, flechaba a cada salto su lengua adoratriz hacia la faz carmesí y providencial.

— ¡Anda, anda!.., decía la cocinera, bésame, rica, hasta que te hartes.

— ¿Cómo puede usted?.., dijo desdeñosamente Celina, asombrada. Diríase que quiere usted más a Criqueta que a la señora Gil.

— Me dejaría hacer picadillo tanto por la una como por la otra, declaró Guillermina volviendo a sus caracoles.

En su cuarto, Gilberta, vibrante, contemplaba las pruebas de una de sus crónicas. ¡Qué satisfacción la suya! Le parecía un sueño lo que estaba viendo. ¡Su prosa impresa! Las frases a que dió vueltas en su cabeza con tanta aplicación... Volvía a encontrarlas, una por una, bajo aquella forma, que le parecía mágica. ¡Cuánto ganaba con la impresión su estilo y sus ideas! Todo era mejor de lo que ella hubiera creído. Una complaciente sonrisa asomaba a sus labios. Muy bien ese pasaje... Pero ¡qué cosa tan particular!.. no se acordaba... Ese hermoso pensamiento, ¿era suyo? ¡Sí!.. ¡Qué buen efecto hacía la crónica, cortada en párrafos breves! Columna y media, poco más o menos... Buenas dimensiones. ¡Y su nombre al pie!, su nombre en unas pequeñas mayúsculas: «Gilberta Andraux.» La muchacha detenía en él sus ojos llenos de éxtasis.

Pero la galerada venía acompañada de una carta. Algo detenía a Gilberta en el momento de abrir el pliego doblado. Aunque no conocía la letra y la firma era ilegible, supo en seguida de quién emanaba la carta, y tomó lentamente conocimiento de ella.

«¿Ha conservado usted muy mal recuerdo de mí, señorita? Habría hecho usted mal. No soy el hombre brutal contra quien se sublevó su ingenuidad. Y si no he publicado sus ensayos, no es por un cálculo malicioso. Ciertamente yo esperaba que volvería usted. Tenía vivos deseos de persuadirla de que había comprendido mal. Han transcurrido varios meses que, lejos de atenuar mis sentimientos respecto a usted, los han hecho más fuertes y más dignos de su persona.

«No podemos, mi querida niña, ni una pura joven como usted, ni un hombre honrado como creo ser — como quiero ser, al menos, para con usted y en su estima —, no podemos quedar en la situación de una mala inteligencia.

«Traígame usted misma esas pruebas. Estaré en el periódico hasta las ocho. De todos modos, su crónica parecerá mañana. Pero, si puedo hablar con usted algunos minutos, le doy mi palabra de honor de que quedará contenta de

«Su admirador y amigo.»

Seguían unos garrapatos en que Gilberta adivinó la firma de Monbardón.

Volvió a leer la carta, línea por línea, palabra por palabra, y después levantó los ojos.

La ventana estaba abierta. Su mirada encontró la cima del olmo, «su parque» y, maquinalmente, recorrió el dédalo de las ramas. Conocía sus bifurcaciones, sus nudosidades, sus ramitas muertas. Arrugadas de sequedad, grises de polvo, sus hojas casi no eran ya verdura. Pero los rayos del sol poniente lo acibillaban, por debajo, de largas flechas rojas, encendiendo en su misterio una floración de oro. Y el viejo árbol parisiense tomaba aires lejanos, fabulosos, evocando en el corazón de la muchacha soñadora una vaga fantasmagoría de aventuras, de países luminosos y dulces — recuerdos quizás de una vida antigua, o presentimientos del porvenir.

Gilberta no se movía ni se decidía.

Sobre el cielo, de un azul pálido, el olmo polvoriento y lleno de un sol cambiante le decía cosas maravillosas y tristes — tan tristes que, de pronto, le arrancaron lágrimas.

La corrección de las pruebas no requirió más que dos minutos. Algunas erratas, letras caídas, comillas al revés. Por haber ayudado a su madrina, Gilberta conocía los signos cabalísticos que son el volapuk entre autores e impresores. Metió la cuartilla en un sobre y llamó a la camarera.

Celina apareció, con los ojos muy abiertos y la boca grasiada.

— Yo creía que la señorita había salido para ir a comer con su amiga.

— Celina, ¿puede usted llevar esto?.. Pero ¿qué tiene usted? ¿Qué hacía usted?

— Creía que la señorita había salido, repitió la otra. Por esto hemos comido temprano, porque la señora nos ha dejado la velada libre. Vamos con la portera...

Gilberta frunció el ceño.

— Vaya usted, dijo con una dureza que la criada no comprendió.

— Pero, puesto que la señorita sale, la señorita podrá tal vez... se aventuró a decir Celina con la familiaridad que se gasta con los amos jóvenes.

— Tiene usted razón, iré yo misma.

Y como la camarera, algo apurada, tardaba en retirarse, Gilberta le dijo:

— Váyase, váyase... Apesta usted a ajo.

En la calle de Vivienne, casi en frente de la Bolsa, el *Gulliver* se había instalado recientemente en un hotel nuevo. En el frontón, un bajorrelieve mostraba al héroe de Swift entre los liliputienses. Daban las siete en el reloj del periódico y bajo la columna de Brongniart, cuando la señorita Andraux atravesó la sala de telegramas y subió la escalera de pasamanos de hierro forjado que conducía a la dirección. Era la hora de más trabajo. Sin embargo, no la hicieron esperar mucho. Contenta de escapar a la curiosidad de los visitantes, de los redactores, de los desocupados, de toda la gente que llena los locales de un diario, a la caída de la tarde, hasta en julio, Gilberta se precipitó en el despacho de Monbardón como en un refugio.

Él le cogió ambas manos.

— ¿Qué amable es usted! Gracias por haber venido. ¿Conque no me guarda usted mucho rencor?

Ella recobró aliento. El corazón le palpitaba. Sus ojos negros — resplandecientes de juventud y franqueza — se fijaron en el rostro inescrutable.

— ¿Guardarle rencor?.. No. Me escribe usted que hay una mala inteligencia. Por consiguiente me equivoqué. No hablemos más de eso.

Retiró sus manos, con un ligero esfuerzo. Él callaba, sonriente, con su sonrisa sin luz.

La muchacha añadió:

— Vengo a dar a usted las gracias por las pruebas. Aquí están. Es una gran cosa el publicar un artículo en el *Gulliver*.

El director acentuó su sonrisa. ¿Qué criatura! ¡Qué deliciosa muchacha! Un asomo de tierna emoción brilló detrás del monóculo, en las facciones grises, en la comisura de los labios lampiños, que conservaba el pliegue del cigarrillo con el de la ironía y el cansancio.

— El *Gulliver*, dijo él encogiéndose de hombros. Usted le honra mucho. Le pertenece a usted. Será su periódico, si usted quiere.

— ¿Cómo?

La muchacha tuvo un débil arranque y se puso colorada. Y el hombre a quien juzgaba peligroso, aterrador, viejo, lúgubre, revistió de pronto el prestigio de su poder. ¡Monbardón! ¡Era Monbardón el que la hablaba así!

— Sí, Gilbertita, sí. A ver, siéntese usted ahí... No... en este sillón. Y hablemos un poco, como buenos amigos.

El director se sentó delante y cerca de ella. A pesar de todo, ella sintió pronto el ridículo de aquella palabra «amigos», la inverosimilitud de una amistad cualquiera entre aquel hombre, de quien no imaginaba el menor pensamiento, y una clara muchacha como ella. Amistad... Gilberta no leía poca ni mucha en aquel rostro en que le parecía que no leería nunca. Ni amor tampoco. Al menos del amor tal como lo comprendía aquella alma de veinte años. — Algo de obscuro, pesado, embarazoso, la tenía oprimida, delante de aquella fisonomía a la vez sombría y ardiente, bajo aquellos ojos tenaces, cuya mirada, por momentos, la atormentaba, como un contacto.

Monbardón le dijo:

— ¡Claro!, el *Gulliver* no ganaría poco haciendo pasar por su tinta rancia el perfume de una fresca flor como usted. Tengo una infinidad de cosas que preguntarle sobre usted misma, sobre sus amigas, sobre sus compañeras, sobre ese movimiento tan resuelto de la juventud femenina hacia la independencia por el trabajo. Es muy curioso. Usted ve eso de más cerca que nosotros. Eso quizás contiene todo el porvenir. Necesito que usted me documente sobre el particular. Es necesario que me haga usted sus investigaciones. Es necesario que hablemos, con frecuencia. Le confiaré a usted una sección. Le instalaré un gabinete de trabajo, aquí mismo, si quiere, con reporteros a sus órdenes.

¡Qué hermosa estuvo en su deslumbramiento de aquel instante, Gilberta Andraux!

En voz más baja y más ronca, el director añadió:

— No es sólo el periódico quien necesita que lo rejuvenezcan. Si usted supiera... ¡Ah! Gilbertita...

Una sombra gris acentuó el color plomizo de la faz taciturna. El monóculo cayó. Monbardón se frotó con dos dedos los fatigados párpados, mientras que, con un gesto que quería ser ciego, cogía una mano de la joven y la ponía sobre su rodilla sin cesar de apretarla.

Ella no podía compadecerlo. Se rió, pero amablemente. Retirando disimuladamente su mano prisionera, pintó con jovialidad la situación de un hombre a quien todo el mundo envidia.

Un reflejo de su resplandeciente rostro animó al interlocutor. He aquí lo que él necesitaba, hastiado de todo, ebrio de fastidio.

— ¡Fastidio!, exclamó Gilberta.

— ¡Fastidio!, sí... Un periódico, es una rueda que gira. ¿Usted cree que se dice en él lo que se quiere? Se dice lo que pide el público especial. Si, por casualidad, estuviéramos, sobre un punto cualquiera, conformes con el colega de enfrente, tendríamos que guardarnos muy bien de convenir en ello. Si los periódicos no acudiesen mutuamente a la greña, los subscriptores los abandonarían. ¿Y la carrera del escándalo? ¿Y el subtítulo sensacional? ¿Y el frenesí de la información mundana? Sin contar la parte oculta, los resortes secretos de todo eso... ¡Ah!, no siempre es divertido, suspiró Monbardón.

¡Si al menos tuviese compensaciones en la vida privada!.. Pero, en su casa reinaba la soledad... peor que la soledad. Aventuró alusiones a su mujer. Gilberta, como todo París, conocía el desacuerdo del matrimonio Monbardón. Nunca se veía a los esposos juntos. El director del *Gulliver* frecuentaba solo los salones y el teatro y daba comidas a sus amigos en el café.

— ¡Ah!, dijo, si tuviera usted confianza en mí! Nadie puede descontar el porvenir... Sin embargo...

¿Daba a entender que divorciaría? ¿O que la hipotética señora de Monbardón podría desaparecer de este mundo más totalmente de lo que ella habría juzgado a propósito hacerlo? Pensara lo que pensara, el hombre no vaciló en declarar que sólo en la señorita Andraux veía él a la regeneradora del *Gulliver* avejentado, y a la única Egeria deseable para el director de aquel importante diario.

— Ya sabía yo, dijo Gilberta, con un aire de reprobación, que la hacía aún más graciosa, ya sabía yo que si venía, no sería usted juicioso, y que esto acabaría muy mal.

A pesar de su timidez en presencia de Monbardón, cuyo solo aspecto la helaba, la joven adoptaba instintivamente el tono de reconvencción amable que adoptan las mujeres, cuando sus pretendientes, de cualquier edad que sean, extienden los límites de lo absurdo sin rebasar los de las conveniencias.

Ello fué tan cómico que el solemne director se rió, como Gilberta le creía incapaz de reirse.

— Le parece a usted que esto acaba mal, repitió él, procurando colocarse nuevamente el monóculo, que la risa hizo caer otra vez.

— Muy mal, dijo ella, sin que su gravedad borrara enteramente su graciosa sonrisa. Puesto que me veo obligada a decirle adiós, lo mismo que al *Gulliver*, ¿quiere usted tener la bondad de devolverme mis pruebas?

— ¡Sus pruebas!.. ¡Cómo! ¿He merecido que usted me castigue además?, exclamó él — en un tono que esta vez resultó amable —. Su crónica se publicará mañana por la mañana, a pesar de todo lo que usted me haya hecho. Y veo que va usted a causarme mucha pena.

Su acento y su promesa despertaron en la muchacha una vibración de simpatía.

— ¿Y cómo voy a causarle a usted mucha pena?

Con algunas reticencias, diversas circunlocuciones y luego una brusquedad en tono de broma, reveló su proyecto. Quería proponer a Gilberta una comida de camaradas, en un poético rincón del Bosque de Bolonia que él conocía.

— Se entra por un escondido sendero del Bosque. Nadie puede verla a usted. Sin embargo, los cenadores se hallan separados entre sí por tan ligeras cortinas de verdura, que no parecen ni pueden llamarse reservados. Usted me debe eso, Gilberta. ¿No me he mostrado el más respetuoso de los amigos? Hablaremos solamente de la evolución del joven feminismo, y de la preciosa colaboradora que será usted para el *Gulliver*, ocupándose en esta cuestión.

No se le escapó a Gilberta el rayo de ternura que brilló en los ojos de Monbardón.

«¿Será posible?», pensó ella.

Y le palpitó el corazón.

En seguida, él la hizo reír, sin que ella pudiese contenerse, pues le confesó:

— He elegido mi día. Sé que, esta noche, su tía asiste al banquete de las Treinta mil Líneas. Formaba parte de la comisión que vino a suplicarme que lo presidiese.

Había declinado el honor, so pretexto de un viaje imprevisto. Y como, efectivamente, tomaba el tren a las doce de la noche, se probaría la coartada. La señorita Andraux no podía ser comprometida.

— A ver, dijo él en conclusión, yo la dejaré a usted forzosamente a eso de las once. De ocho y media a once, ¿teme usted no poder hacerse respetar por un viejo como yo, en un sitio donde tendremos que hablar en voz baja si no queremos que nos oigan?

— No es eso, dijo la muchacha, sino que después se creará usted con derechos. Me acusará usted de hacer el papel de coqueta, si me conviene no pasar de ahí.

Un sufrimiento crispó la faz de Monbardón. La ironía, la altivez, la glacial indiferencia se disiparon. Fué emocionante en tal hombre. La alteración del acento turbó también a Gilberta.

— No es usted buena... Ya sabía yo que iba a hacerme sufrir.

Volvió la espalda y paseábase por el despacho.

— Pues bien, no hablemos más.

Luego se dirigió hacia ella y le dijo:

— Usted no sabe el sentimiento que destruye. Usted hubiera hecho de mí lo que hubiese querido.

Sorprendida, emocionada, movida a piedad, asaltada por la inquietud de desperdiciar una ocasión única, por un escrúpulo de falso pudor, poco al corriente de las libertades femeninas lícitas en aquel mundo literario en que pretendía entrar, la señorita Andraux permanecía en pie, muda, trastornada, llorosa. Procuraba conservar el aplomo y obrar como mujer celosa de su dignidad. Tenía ganas de gritar como una chiquilla: «Pero ¿qué hay que hacer?»

(Se continuará.)



Tetuán. - El general Marina y el Jalifa presenciando los vuelos de los aviadores militares. - Un aviator militar disponiéndose a aterrizar en presencia de un numeroso grupo de moros.

Como en el número último hablamos extensamente de la aviación militar en Marruecos y de la visita que al campamento había hecho el Jalifa para presenciar los vuelos de nuestros oficiales; y como algo también dijimos de la manera cómo S. A. R. el infante D. Alfonso, dejando a un lado los privilegios a que podría pretender dada su alta jerarquía, no desdena los más rudos trabajos manuales, nada diremos de estos dos asuntos a que hacen referencia los tres primeros grabados de esta página y nos limitaremos a describir la fiesta musulmana cuyos principales episodios reproducen los grabados restantes de esta página y de la siguiente.

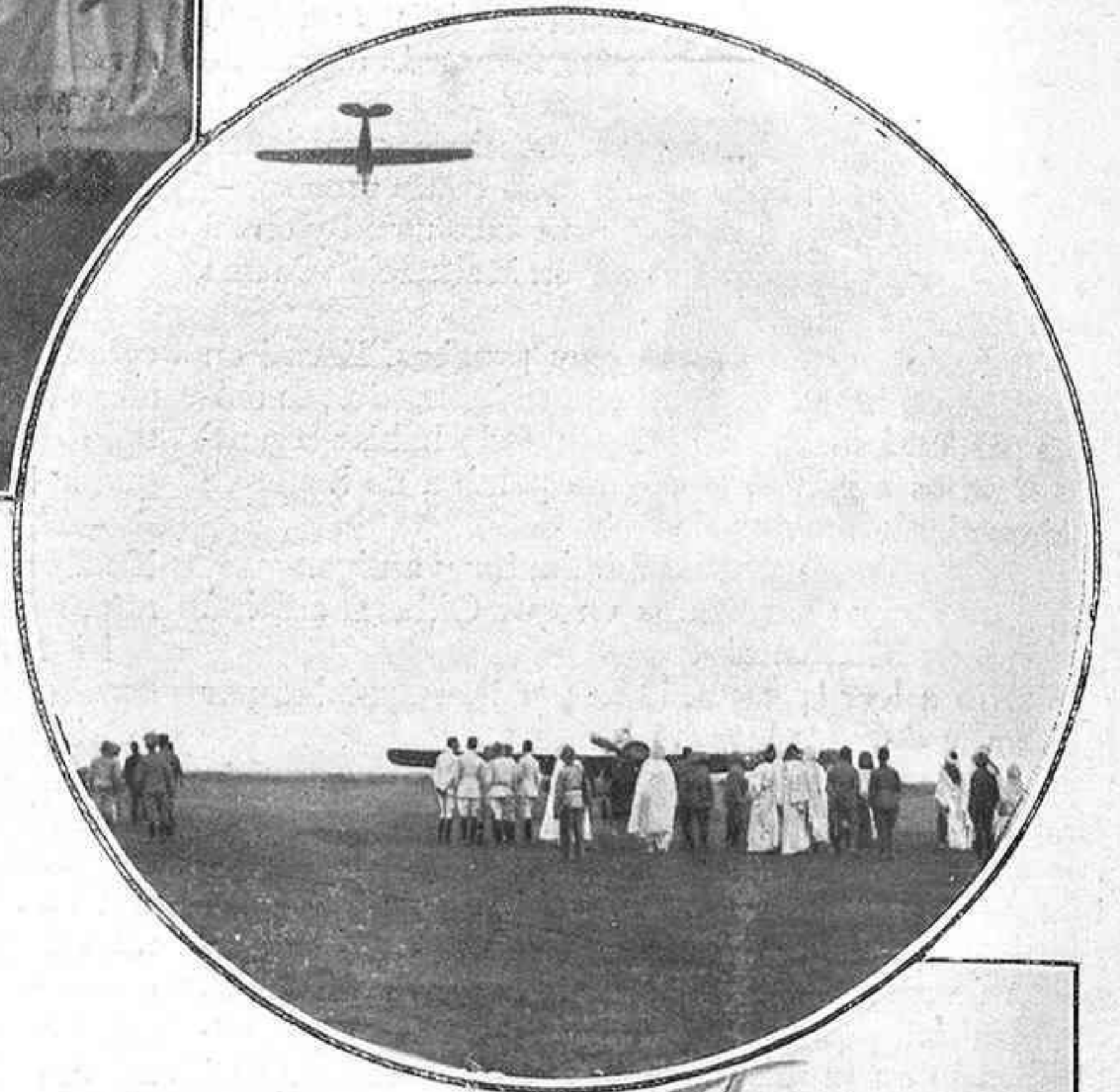
Nos referimos al *Ait El Quebir* o Pascua Grande, llamada también del Cordero, que es para los musulmanes una fiesta tan importante como para nosotros la Pascua de Resurrección.

El *Ait El Quebir* celebróse el día 10 de este mes en Tetuán con gran pompa y solemnidad.

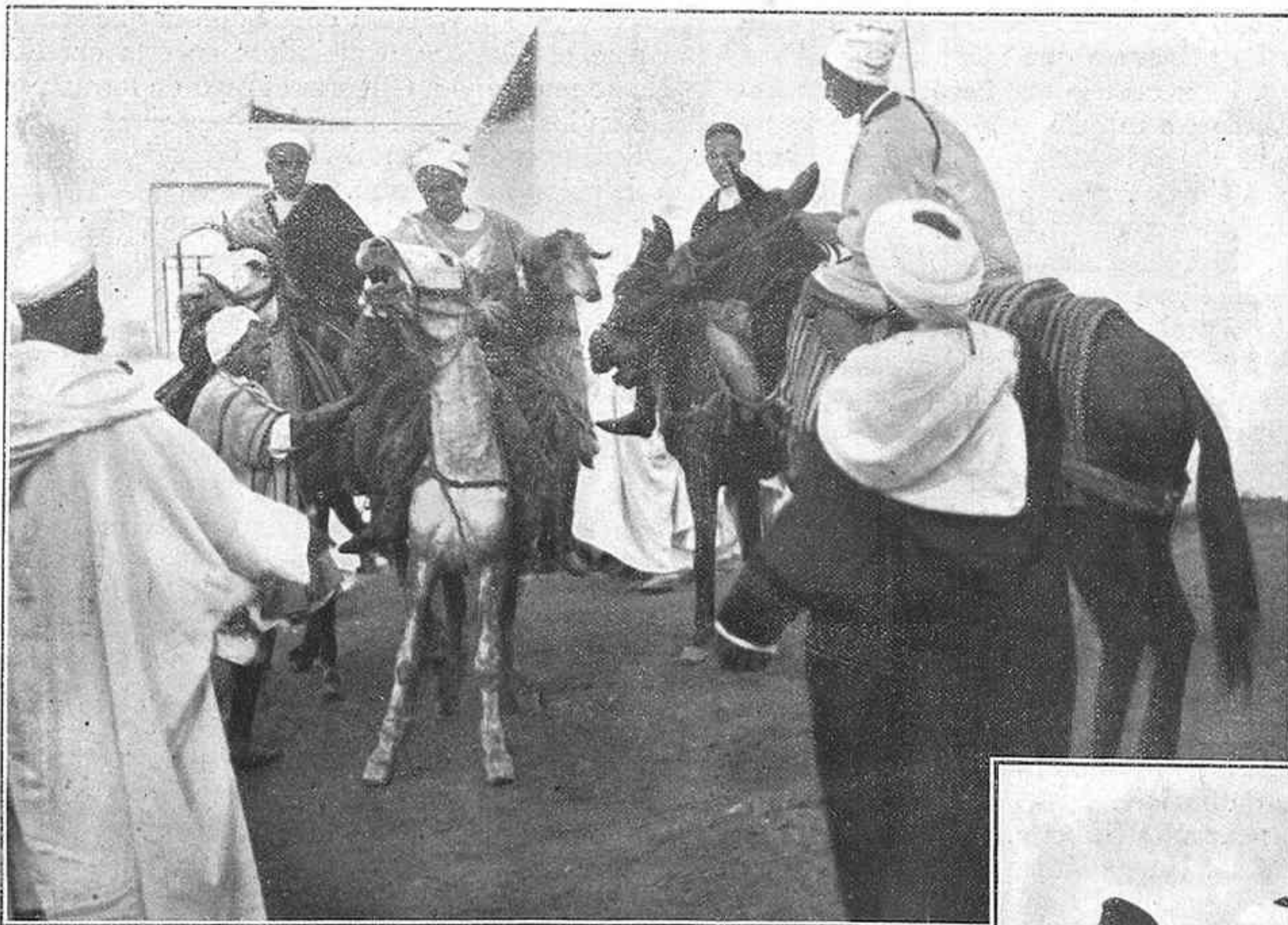
Por la mañana, el jalifa Muley El Mehedí salió de su palacio seguido de numerosa y brillante comitiva en la que figuraban el gran visir, el bajá de Tetuán, algunos ministros del Maghzen, las cofradías de los Hamachas, de los Aisauas y otras, todas ellas con sus históricos pendones y banderas, la música

Terminado el sacrificio, la vistosa cabalgata que formaban el Jalifa y sus acompañantes dió un rodeo por las afueras de Tetuán para entrar en la ciudad por la puerta de la Luneta, antes de llegar a la cual fué Su Alteza recibido por el general Aguilera, en representación del alto comisario general Marina, a quien acompañaban los generales Primo de Rivera, Aguado y Santa Coloma y numerosas comisiones de los cuerpos del ejército. El general Aguilera felicitó al Jalifa en nombre de España y el Jalifa contestó al general agradeciéndole la felicitación y rogándole que transmitiera la suya a nuestros reyes.

Juntos entraron en Tetuán Muley el Mehedí y el general Aguilera, cobijado aquél bajo el simbólico parasol encarnado, y seguidos ambos de un cortejo brillantísimo. El espectáculo resultó en extremo animado y pintoresco; cubrían la carrera las fuerzas regulares indígenas de Melilla y la *majala* del Jalifa y el desfile fué presenciado por millares de moros y moras que llenaban las calles y azoteas.



S. A. R. el infante D. Alfonso cavando en el campamento



La Pascua Grande o del Carnero. - Moros llevando los carneros para la celebración de la Pascua

del tabor de policía y muchos moros tetuanés notables montados en mulas.

Una vez llegado el Jalifa a la M'salla, lugar de rezo, sacrificó un carnero en nombre del Emperador, mientras el jerife de la Mezquita grande entonaba el rezo de rigor desde la torre de aquella y las baterías de la Alcazaba hacían las salvas de ordenanza, anunciando el comienzo de la Pascua Grande.

Apenas consumado el sacrificio, dos moros de la servidumbre del Jalifa cogieron el carnero y colocando el animal sobre la silla de la mula que uno de ellos montaba, salió éste al galope de la M'salla dirigiéndose a la casa del *Kadi* o juez de la ciudad. Según la tradición, si al llegar allí el carnero está vivo todavía, el año será próspero para la comarca, sobre la cual derramará Alá toda clase de bienes materiales y espirituales. Este año, el animal llegó con vida a la referida casa, lo que ha sido causa de gran alegría entre aquellos musulmanes.



Moros sacrificando los carneros para la celebración de la Pascua

Cuando el Jalifa llegó a la plaza de España para retirarse a su palacio, la banda de música del regimiento de Saboya, que se había colocado a la puerta de la mezquita, ejecutó la Marcha Real; todas las tropas presentaron armas y los generales despidieron al representante del Sultán, que los saludaba militarmente.

Después el general Aguilera se situó en el centro de la plaza y detrás de él se colocaron los generales Primo de Rivera, Aguado y Santa Coloma y más de cien jefes y oficiales de nuestro ejército, comenzando inmediatamente el desfile de las fuerzas regulares indígenas, al mando del general Benguer, del tabor de policía de Tetuán y de la *majala* del Jalifa. Todas estas tropas desfilaron admirablemente, a los acordes de sus gaitas y cornetas, siendo su marcialidad objeto de la admiración de sus compatriotas, que no se cansaban de elogiar a los oficiales españoles que las han instruido.

Al día siguiente, el comandante en jefe, acompañado de S. A. R. el infante



Tetuán. La Pascua Grande o del Carnero. - Desfile de la caballería mora por la Plaza de España

por el restablecimiento de la paz, que ha de llevar la civilización y la prosperidad a toda aquella zona.

El Jalifa correspondió a las frases del comandante general con otras no menos sinceras y corteses y rogándole que transmitiera su saludo a Su Majestad y al Gobierno. Asimismo dedicó afectuosas palabras a S. A. R. el infante don Alfonso, saludándole y manifestándole su satisfacción por ver en su palacio a un individuo de la familia Real, y terminó diciendo que de todo corazón se asociaría a nuestra primera fiesta religiosa, ya que en aquella, tan solemne para los musulmanes, los españoles se habían unido a ellos en testimonio de afecto.

El gran visir pronunció un discurso en sentido análogo.

A la ceremonia concurrieron los delegados de Hacienda y de Fomento, varios jefes del ejército, los gabinetes militar y diplomático y otras personalidades.

Las palabras del Jalifa que hemos transcrito y a las que se asocian todos los moros notables y hasta la misma gente del pueblo, demuestran el buen efecto



Tetuán. La Pascua Grande o del Carnero. - Moros notables y sus mujeres presenciando el paso del Jalifa y su séquito. El Jalifa y su séquito entrando en Tetuán para celebrar la Pascua

D. Alfonso, visitó al Jalifa en su palacio para felicitarlo oficialmente con motivo de la Pascua, expresándole en nombre de S. M. el Rey, del Gobierno, del ejército de operaciones y de los elementos civiles, votos sinceros por su felicidad y

que en la población musulmana ha producido la participación que el elemento español ha tomado en la celebración de la Pascua Grande y que ha contribuido poderosamente al mayor esplendor de esta fiesta musulmana. - R.

ECOS DE LAS MONTAÑAS

por D. JOSÉ ZORRILLA. - ILUSTRADO POR GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 446 págs., 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

CESAR Y MINKA



Criadero y comercio de perros de casta ZAHNA (Prusia) recomienda Los más notables perros de casta perros de guarda, de lujo y de compañía así como todos los perros de caza, desde el grande Dogo de Ulm y el Perro de monte hasta el más pequeño perrito faldero. Lista de precios ilustrada gratis. Envío a todas las partes del mundo y en todas las estaciones del año. - Gran exposición permanente en la estación ferroviaria de Zahna.

Reino de Sajonia.
Technikum Mittweida.
 Director: Profesor A. Holz.
 Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaria.

INNSBRUCK, TIROL
 ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
 FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

Paris
 Data de 1849
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.
 Puro y conserva el cutis limpio y terso
 Casa GANDES - B^o St-Denis, 76

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APÍOL DE LOS JORET-HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ia} G. SÉGUIN - PARIS
 105, Rue St-Honoré, 105
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

MADRID. TEATRO DE LA PRINCESA. - ESTRENO DE «EL RETABLO DE AGRELLANO»

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO DE EUDARDO MARQUINA



María Guerrero (Cordalia) en el prologo



Una escena del primer acto. (De fotografías de Vidal.)

con gran éxito en el Teatro de la Princesa, es, según lo califica su autor, un drama fantástico religioso, y en él ha querido Marquina, al decir de uno de los más reputados críticos matritenses, «mostrarnos aquel momento de nuestra historia patria en que el espíritu del Renacimiento, importado de Italia por nuestros guerreros y poetas, venía a flexibilizar nuestro arte, a endulzar nuestras sequedades y a iluminar con ráfagas de poesía las tinieblas de la superstición».

La acción en que este pensamiento se desarrolla peca, según opinión unánime de la crítica, de confusa, defecto que compensan en mucha parte la poesía del conjunto y la brillantez de la versificación. El argumento de la obra es el siguiente:

Don Lope de Agrellano, después de haber forzado a Cordalia, esteriliza sus pechos con la punta de un cuchillo. Cordalia, al ver que su hija se muere por no poder ella amamantarla, ofrece su alma al diablo que hay pintado en el retablo de la iglesia de Agrellano a cambio de la vida de aquella. La figura del demonio abandona su sitio en el retablo y acepta el pacto que aquella madre le propone; y mientras un incendio destruye el castillo de D. Lope, Satanás ofrece a Cordalia una sortija protectora a cambio del alma de la hija de aquella cuando él se la reclame.

Con esto termina el prólogo del drama.

El diablo, que en Roma se ha procurado los sellos de cierto cardenal, aparece al conjuero de unas brujas reunidas en aque-llar, acompañado de un apuesto capitán, D. Félix de Agrellano, a quien se propone hacer dueño de la hija de Cordalia. Los ruegos y las imprecaciones de ésta no conmueven al dia-

blo, que sólo cede ante el ofrecimiento que le hace la madre de entregarle su propia persona. Satanás, que siente amor por ella, llega a derramar una lágrima que, cayendo sobre su corazón, hace de esta parte de su cuerpo la única vulnerable.

D. Félix, viéndose burlado por aquel a quien consideraba como su amigo y protector, lucha con él en duelo; la lucha es desigual y el diablo desarma a su adversario; pero de pronto, agobiado por sus sufrimientos de hombre, resuelve dejarse matar y cae atravesado por la espada del capitán, volviendo su espíritu a ocupar su sitio en el retablo. Cordalia intercede por él cerca del Arcángel y éste le predice que morirá cuando más próxima se encuentre a ser feliz y augura a Satanás que su espíritu pasará a otros hombres diluido en el daño, en el remordimiento y en el dolor. Ambas profecías se cumplen: Cordalia, mientras su hija se une a su amado D. Félix, siente llegar la muerte y el espíritu del diablo, transmigrado al cuerpo de un mendigo, la conforta en su agonía.

María Guerrero hace una verdadera creación del papel de Cordalia; Fernando Díaz de Mendoza raya a grandísima altura en el suyo difícilísimo de diablo; la señorita Ladrón de Guevara y Mariano Díaz de Mendoza interpretan admirablemente los personajes de hija y de D. Félix, y las señoras Jiménez, Salvador, Ruiz Moragas y Torres, y los Sres. Vilches, Juste y Cabré, contribuyeron acertadamente al buen conjunto de la obra.

El retablo de Agrellano ha sido puesto en escena con la riqueza y propiedad habituales en la compañía que dirigen los eminentes María Guerrero y Díaz de Mendoza.

Eduardo Marquina, el poeta y dramaturgo tan celebrado y tantas veces aplaudido, ha dejado en su última obra escénica de buscar inspiración en los grandes hechos o en las relevantes figuras de nuestra historia y de nuestra raza, para dejar volar su imaginación por los espacios de la fantasía y de la leyenda. El retablo de Agrellano, que así se titula esta obra, estrenado

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. - Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas, las voces antiguas, los Neologismos, las Etimologías, los términos de ciencias, artes y oficios, las frases, proverbios, refranes, idiotismos y el uso familiar de las voces, y la pronunciación figurada. - Obra reconocida por el ministro de Instrucción Pública de Francia como el Diccionario más completo de los publicados hasta hoy, según puede verse por la carta por él dirigida á nuestro representante en París. - Monsieur: Vous avez bien voulu m'adresser les quatre volumes du nouveau Dictionnaire Française-Espagnol et Espagnol-Française de M. Fernández Cuesta, que viennent d'être édités à Barcelonne MM. Montaner et Simón. Je vous en remercie bien sincèrement; et c'est assurément le Dictionnaire de langue espagnole le plus complet qui ait paru jusqu'à ce jour, et je ne doute pas qu'il ne rende les plus grands services. - Agitez, Monsieur, l'assurance de mes sentiments les plus distingués. - Le Ministre de l'Instruction publique et des Beaux Arts, LOCKROY. - Cuatro tomos encuadernados, cincuenta y cinco pesetas, pagadas en varios plazos.

FUMISTERIA CAÑAMERAS
Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

PÍDASE PROSPECTO J.A.

LEITZ

GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA
VIAJE Y SPORT
TEATRO Y CAZA
SE VENDEN EN TODOS LOS
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR
E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el. El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en ojas, para la barba, y en 1/2 ojas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN